

Vida y Obra de Don Bosco
A. Spinola

INTRODUCCIÓN

Allà por el mes de abril de 1883 llegaba á París un hombre entrado en años y al parecer flaco de fuerzas, pero de agradable rostro y sencillos, aunque nobles modales, el cual viajaba modestamente, sin tren ni aparato alguno.

La nueva Babilonia, como ha sido apellidada, y á la verdad no sin razón, la gran metrópoli de Francia, se cónmovió al verle, y la prensa de todos los colores dedicó al , reciénvenido numerosos artículos, en los que no le escatimaba los elogios. El pueblo, la, aristocracia, el clero, todas las clases de la sociedad, en una palabra, esmerábanse á porfía en dar muestras de estima al huésped que albergaba dentro de sus muros la ciudad del Sena; y así en los círculos más altos como en los más bajos se hablaba de él.

¿ Quién era el personaje que de esta suerte excitaba la pública atención en un pueblo de la calidad del de París, habituado al espectáculo de todo linaje de grandezas, y que por lo mismo ante ninguna se detiene para pagarle tributo de respeto ó admiración ?

¿ Era acaso algún príncipe reinante, jefe de poderosa nación, uno de esos soberanos que de tiempo en tiempo visital hu capital de la vecina República, buscando goces nuevos para distraerse y descansar de las penosas tareas .de gobierno ?

¿ Era tal vez uno de esos astutos diplomáticos, que tienen en sus manos los hilos misteriosos de la anchurosa red dentro de la cual se mueven los Estados, y cuyo raro genio y prodigiosa habilidad hacenlos terror de unos y esperanza y gloria de otros ?

¿ O era quiza un potentado de Oriente, venido de las remotas comarcas donde el sol nace, y que por su extraña fisonomía, por su lenguaje nunca oído en Europa, y hasta por la singularidad de su lujo.so traje, jamás visto entre nosotros, despertaba, si no el interés, á lo menos la general curiosidad de los que viven en otro clima ó pertenecen á distinta raza ?

No: nada de eso. El hombre que atraía las miradas de las gentes, y servía de tema á todas las conversaciones, no era el czar de RuSia. ó el emperador Guillermo, de Alemania, el conde de Bismark ó el príncipe de Gortschacoff, un embajador de China ó de Siam ó un cacique de las islas .de la Oceanía... era un varón humildísimo, un pobre sacerdote católico, sin posición en la Iglesia, sin fortuna y sin poder: era el presbítero italiano D. Juan Bosco.

¿ Podría esto creerse, si no fuera un hecho por innumeral des testigos presenciado y referido, un hecho de pública notoriedad?

La ciudad, en que todas las corrupciones se han dado, por así decirlo, cita, y donde. el vicio se pasea ufano, ostentando con cínico alarde ropaje seductor, en tanto que la virtud, perseguida con sacrílegas burlas, se ve obligada á esconderse; la culta y elegante capital, que bulle y se agita. con actividad febril, pero siempre -6 casi siempre-para cosas de la tierra; el pueblo rey, que legisla en todas partes, imponiendo al mundo sus caprichos y sus modas, ponese en movimiento á la vista de un sacerdote, de un ministro del Evangelio, que condena con la, palabra y el ejemplo la civilización, si usar aquí tal nombre no es profanarlo, impregnada de voluptuosidad, en que ese pueblo mismo cifra su gloria, y prodiga al varón de Dios honras que ni a emperadores ni reyes dispensa, y que aún negar suele. á renm n brados literatos, sabios esclarecidos ó por otros títulos ilustres personajes.

Tributo es este, que a. su pesar paga el m mido, no obstante el odio que contra Cristo tiene, á la, santidad, ante la cual doblan la cabeza, como obligados por impulso superior é irresistible, los hombres de la ciencia, y el vulgo sencillo, el creyente y el impio, el poderoso y el miserable, todos aquellos que no han perdido la. facultad de sentir y de amar.

Verdad es que D. Bosco entraba en París precedido de una gran fama. Su nombre era ya

.querido y bendecido en Italia, en Francia, y en otros muchos puntos de Europa y Arnaica, donde se reputaba al humilde. sacerdote italiano uno de los bienhechores de la. hunianida d. Preciosos folletos, y aun interesantes libros, habíanse escrito sobre sus hechos,'en realidad anivillosos; y amado y admirado en uno y otro continente, aquende y allende los mares; gozaba D. Bosco de rara. popularidad; en tal manera que para encontrar hombres á quien compararle, no es preciso retroceder á aquellos días Memorables, en que andaban por el mundo, .que llenaban con el ruido de. sus milagros. los santos mutis insignes de la Iglesia.

Pero ¿quién es ese D. Bosco ya tan celebre? Su reputación de hombre extraordinario es justa, merecida, ó por el contrario no es otra cosa, que capricho de la opinión, empeñadaa, en ensalzar un nombre, ó insensato extravío de la imaginación popular, tan propensa. á enamorarse de todo lo que tiene visos de sobrenatural áun en esta, nuestra, época de negaciones y universal escepticismo ? Qué debemos pensar. in Ipírándo'nos en 'la verdad y la justicia, acerca de la Obra. Salesiana y de su autor?

Muchos de nuestros compatriotas, hoy que empieza.á sonar entre nosotros el nombre. de D. Bosco, porque sus hijos han puesto el pie en nuestra patria y tienen en ella ya dos establecimientos, se habrán hecho estas preguntas, movidos, no de sentimientos de vana curiosidad, sino de un interés muy legítimo por cierto. Nosotros nos proponemos responder á ellas en el presente opúsculo, dando á conocer á D. Bosco; exponiendo la naturaleza de su Obra., y formulando el juicio que, después de un estudio detenido, hemos formado de la Institución Salesiana; con lo cual creernos prestar un verdadero servició á la Iglesia de Dios, cuya es la gloria de aquel ilustre sacerdote, -y otro no menor á la Immanidad, en pro de la cual ha de. redundar necesariamente todo lo que se dirija á popularizar y fomentar las empresas santas de varón tan esclarecido, tipo acabado de la caridad cristiana; en cuya mente y en cuyo corazón no se anidaron nunca otros pensamientos ni otros deseos que el bien de sus hermanos.

CAPITULO PRIMERO

Don Bosco.

1

No hay en la vida de los- siervos de Dios circunstancia alguna, por insignificante que parezca á primera vista, que puedo considerarse en hecho de verdad como indiferente. Si es cierto que una Providencia sapientísima y paternal rige el mundo, dispiendo los sucesos. con amorosísimo consejo y siempre para muy altos fines, y si nada de cuanto acaece debajo' del sol puede en este sentido y rigurosamente hablando denominarse casual, mucho menos nos será lícito pensar que los hechos que directa ó indirectamente tocan á esas almas privilegiadas, con justo motivo llamadas escogidas, porque con singular ternura y predilección muy señalada las mira el Padre celestial, sean obra del cieguácaso. No se nos tachará; pues, con razón de visionarios é ilusos, ni tampoco de supersticiosos, Si en el nacimiento de D. Bosco descubrimos alguna particularidad,- que nos atrevemos á indicar á los lectores como clara muestra de bis especiales designios de Dios sobre el niño que viene al mundo.

Una pequeña población de la Italia Septentrional, tiastelnuovo d'Asti, perteneciente á la diócesis de Turín, fié patria. de D. Bosco,- cayos ojos se abrieron á la luz el día 15 de agosto de 1815.

Horribles catástrofes acababan. de pasar. La Europa, que al firmar Napoleón el Grande su abdicación en el palacio de Fontainebleau el mes de abril de 1814, había respirado creyéndose ya en paz, volvió á temer, cuando huyendo .de la isla de Elba, en .26 de febrero de 1815, el ilustre confinado entró en las fullerías. y tomó de nuevo las riendas del gobierno. La derrota de Waterloo puso fin al poder de aquel. hombre, tau grande como funesto; pero:

estaba muy reciente este suceso para que la Europa cristiana hubiera podido reponerse de su espanto. .Por otra parte, habían quedado esparcidos por el .aire los miasmas deletéreos, que engendraron la Revolución francesa, á los espíritus previsores, los libmbres juiciosos, cuya mirada se extiende un poco más allá de lo, que tiene delante, estremecíanse pensando .en lo porvenir. Por eso no es aventurado afirmar, sino antes muy razonable, que en el momento en que nació el fundador de la Congregación Salesiana, en' aquel día memorable en que la Iglesia .solemnizaba el triunfo postrero de la Madre de Dios, ó sea su Asunción gloriosa á los cielos, todos los verdaderos creyentes fijaban los ojos con inquieto ,afán en la Reina de las Vírgenes, y le pedían fervientemente una bendición para el mundo, amenazado de .calamidades y desastres sin cuento; y la Madre de Dios, mostrándose á la vez Madre de los hombres, gustosa accedía á la súplica, enviando, propicia á la tierra esa bendición, en la forma de un niño, que la Inniaculada Señora debía proteger, cubriéndole. con el escudo de su amor, y al que convertiría en instrumento de su misericordia., inspirándole muy nobles pensamientos y comunicándole' esfuerzo sobrehumano para llevar á cabo empresas atrevidas, á las que irían ligadas la salvación de innumerables almas y la ventura de muchos pueblos.

Felicitábase Silvio Pellico de haber nacido «en una condición que no era la pobreza, y que colocando al hombre á igual distancia del rico que del pobre, permite ver bajo su verdadero aspecto entrambos estados;» y de esto se regocijaba porque, como inmediatamente anade, tenía esta condición por lamas favorableol desarrollo de las afecciones puras. (*Mis prisiones*, p. 2, cap. 29). Esta observación desgraciadamente no carece de exactitud; la pobreza nos humilla y en ocasOnes llega á- envilecernos, haciéndonos olvidar hasta nuestra propia dignidad; y la opulencia nos engrie, convirtiéndonos frecuentemente en soberbios y egoístas. Acaso por esto, para evitar á D. Bosco los riesgos inherentes á la. pobreza y á la opulencia, y para que en una admósfera templada pudiese mejor crecer aquella delicada, y hermosa flor, hízole Dios nacer de familia medianamente acomodada, que no necesitaba mendigar-para subsistir, y que á la vez carecía de los abundantes recursos precisos para vivir la vida del hijo y de los placeres, causa de tantas desventuras.

Una madre cristiana, profundanerite piadosa, que con el tiempo fue, como veremos más tarde, verdadera heroína de caridad, enseñó las primeras lecciones de virtud al tierno niño, el cual las aprendió tan bien, que cuando tuvo edad para dar á conocer las inclinaciones y deseos de su alma, mostróse decidido á abrazar el estado eclesiástico, preparándose y habilitándose al efecto en el Seminario de Chieri, donde con grande aprovechamiento y muy á satisfacción de sus maestros hizo sus estudios.

Cuando los hubo concluido, recibió los santos Órdenes; pero buscando no su propio encumbramiento, no lo que vulgarmente se llama hacer carrera,•sino la gloria de Dios, término á donde deben únicamente enderezarse las aspiraciones de todo el que por llamamiento divino pone su pie en el Santuario, rehusó varios cargos que se le ofrecían; y siguiendo , los prudentes consejos del abate Caftasso quedóse en Turín; á fin de perfeccionar sus estudios teológicos en el Instituto sacro, fundado en 1808 por el teólogo Luis Gaula, y dirigido á la sazón por el mencionado abate Caffasso, varón eminente, en quien por maravilloso modo se juntaban la virtud, que ennoblece la ciencia, y el saber, que realza la virtud; el celo, que no deja reposar al sacerdote, y la prudencia y tacto, que modera y regula los ímpetus del celo, haciéndole amable y fecundo.

Allí, en aquel sabroso retiro, dió D. Bosco comienzo á su apostolado, sintiendo si no los primeros síntomas de su hermosa vocación, de la vocación que le ha hecho célebre, á lo menos claros y seguros signos de ella, por los que pudo ya comprenderse que los dones extraordinarios de naturaleza, otorgados al entonces joven sacerdote, no eran otra cosa

que preparación providencial para la misión á que se le destinaba.

Parécenos oportuno, antes de dar á conocer el varón de Dios con las virtudes que le engrandecen, presentar á la vista del lector el hombre con las nobilísimas prendas que le distinguen, toda vez que de ordinario la naturaleza y la gracia se ayudan recíprocamente, siendo la obra de esta última perfeccionar, elevar y ennoblecer la naturaleza.

Descubriéronse en el niño Juan Bosco desde sus más tiernos anos un talento claro y una imaginación viva, que hicieron concebir á suspadres y á sus maestros lisonjeras esperanzas para lo porvenir; esperanzas harto bien fundadas porque á la claridad y perspicacia, del ingenio juntaba el privilegiado mancebo una afición decidida, una verdadera pasión por el estudio, en tal manera fuerte y tan violenta, podríamos decir, que cuando todavía era muy pequeño, andaba, no apremiado de sus,padres, sino por su propio gusto, cinco ó seis kilómetros para ir á la escuela.

Por lo común el talento y la memoria se hallan en razón inversa. Dios, que todo lo hace con peso, número y medida, deseando estrechar las relaciones :nutuas de sus hijos los hombres, ha repartido entre ellos sus dones con desigualdad, colmando de riquezas á unos y dejando en pobreza á otros; concediendo despejada inteligencia á éstos y escasa luz á aquéllos; dotando de perseverante esfuerzo á algunos y á los otros negándoles el fuerte aliento que realiza las arduas empresas: Fiel á este su pensamiento, el Criador, por lo general, no da talentos superiores á aquellos á quienes favorece con rara memoria, y viceversa los hombres de genio, los pensadores profundos no suelen distinguirse por la tenacidad de sus recuerdos. Pero esta regla, como todas, tiene sus excepciones. Chateaubriand poseía, no es posible dudarlo, una elevada inteligencia; hablando de el ha dicho alguno que llevaba la cabeza inclinada siempre á un lado, porque el peso del talento la rendía; y no obstante,. el autor de *Los Martires y El Genio del Cristianismo* tenía una memoria que merece la calificación de prodigiosa. D. Bosco es uno de los pocos ejemplares por donde se demuestra que, aunque la memoria y el talento suelen no andar juntos, no son absoluto incompatibles. Cuando niño y adolescente, sus compañeros asombrábanse de la facilidad con que retenía las explicaciones del profesor, la cual era tal y tan grande, que le excusaba de la necesidad de proveerse de los libros de texto, los que nunca compraba; y hoy, ya anciano, toda vez que toca á los setenta años, el ilustre fundador de la Congregación Salesiana conserva la memoria bastante fresca .para conocer perfectamente el personal completo de sus numerosas casas, y para no olvidar los pormenores interesantes á éstas relativos. Es que necesitaba D. Bosco del talento para concebir el vasto plan de su Obra, y. de la memoria para plantearla y dirigirla casi por sí solo.

Si alguno creyere que exageramos al encarecer así las prendas de intéligencia que adornan á D. Bosco, nosotros á fin de disipar sus dudas, pondríamosle en la mano el Reglamento que en 1847 trazó el santo sacerdote para el régimen de sus escuelas, pues es, á no dudarlo, y este juicio no es nuestro sino de verdaderas autoridades enla materia, un modelo en su género; por lo cual mereció que lo adoptaran va.rios establecimientos de enseñanza independientes de la Congregación Salesiana, 'para por él gobernarse.

Y si esto no bastara todavía, le remitiríamos á los muchos libros que D. Bosco ha escrito, unos-elementales, otros con miras más altas; libros que la prensa católica ha encomiado por extremo, y de alguno de los cuales se han hecho ya multitud de ediciones. Hoy se está expendiendo la décimacuarta della *Historie de Italia*.

Mas por claro que sea, el ingenio de D. .Bosco, superan en él sin disputa las prendas del corazón á las de la inteligencia.

Posee entre mil otras dos. nobilísimas cualidades que nunca se albergaron en pechos ruines, siendo exclusivamente propias de las almas generosas y grandes: sabe agradecer y

sabe amar. Jamás ha olvidado el insigne sacerdote al abate Caffasso, su primer director espiritual, de quien muchas veces se le han oído decir éstas ó parecidas frases: «Si algún bien he hecho en mi vida, débolo á este digno eclesiástico; en cuyas manos puse mis pensamientos, mis proyectos y todo mi sér.» Otro hombre ilustre conoció D. Bosco á poco de terminar sus estudios en el Seminario, el abaté Borel, de quien fué auxiliar y compañero algún tiempo; y tampoco su nombre ha podido borrarle de la memoria, sino antes bien gozase en evocar frecuentemente su recuerdo, repitiendo á menudo que estima como gracia señaladísima del Padre celestial el haber tratado- de cerca y podido apreciar el mérito de un tan completo. sacerdote.

La grandeza del alma que los hechos referidos suponen pase maravillosamente patentizado en las rudas pruebas y peligros á que D. Bosco estuvo mil veces expuesto, y en la generosidad con que trató á sus más acérrimos adversarios. Cierto que el valor, la inquebrantable fortaleza y la heroica magnanimidad del Fundador de los Salesianos en tales ocasiones fueron obra más que de otro poder alguno. de la gracia divina, sin la cual no nos es dado concebir ni aún un buen pensamiento; pero no dejaban de ser en parte fruto del temple. subidísimo de aquel gran espíritu .

Engañárase mucho, sin embargo, quien en vista de esto se formase la idea de que es D. Bosco un hombre sólo de generosos arranques y de potente ardimiento; no: alíanse en el corazón del humilde sacerdote el esfuero del héroe, que nunca desmaya ni jamás ceja, con la más exquisita suavidad, con la sensibilidad más tierna, con la más pura delicadeza de sentimientos. No nos es posible resistir al deseo de trasladar al papel las hermosas palabras que dirigió á Mons. Franzoni, arzobispo de Turín, cuando por vez primera visitó el munífico Prelado el Oratorio Salesiano, para administrar el sacramento de la Confirmación á los jóvenes allí congregados. «Quisiéramos, díjole, poseer preciosos tapices para adornar las desnudas paredes de esta casa... quisiéramos tener las más bellas flores para sembrar el suelo que habéis de- pisar; quisiéramos ser dueños de grandes riquezas para ofreceros presentes y obsequios, no indignos de vuestra persona. Pero todo esto no sería sino símbolo de nuestro corazón, lleno de estima, de gratitud y de amor á vos. Ahora bien, toda vez que nuestra pobreza no nos permite presentaros los símbolos, os rogamos, Monseñor, que aceptéis la realidad.»

¿No es verdad que se ve como transparentarse al través de estas elocuentísimas frases el alma, delicada de D. Bosco?

Por lo que hemos hasta aquí indicado puede aún conocerse algo la fisonomía exterior del ilustre varón. Ha dicho el Evangelio que habla el labio de lo que abunda en el corazón, y el Sabio afirma que es el rostro espejo del alma, sentencias que acordes nos enseñan cómo sale afuera siempre lo que hay dentro de nosotros, y cómo. por regla general nuestro exterior es fiel trasunto de nuestro interior. A la manera que al través del cristal de una lámpara la luz encendida dentro derrama sus rayos en todas direcciones, así la luz clara ó siniestra del alma esparce sus bellos ó sombríos resplandores por entre los pliegues y repliegues de la envoltura del cuerpo. El espíritu de D. Bosco. sus talentos, su ánimo grande, sus delicados y nobles sentimientos debían, pues, revelarse en su persona; y en efecto, todos los que con él conversan una vez siquiera quedan enamorados de la dulzura y nobleza de sus modales, de la jovialidad de su trato y de la oportunidad y gracia de sus palabras, lo cual explica en parte, y decimos en parte, porque más que á todo esto debe D. Bosco á otra causa, que no tardaremos en exponer, la fascinación que ejerce, y en parte también revela el misterio de la influencia que tuvo siempre el piadoso Fundador sobre sus jóvenes alumnos, influencia tal que su presencia sola bastó en más de una ocasión para serenar los ánimos alterados y aquietar esas borrascas que suelen levantarse en las

reuniones de los mancebos de corta edad, especialmente cuando no han recibido una muy esmerada educación.

En vista de todo lo expuesto creemosnos con derecho á afirmar, sin temor de que nadie ose contradecirnos, que D. Bosco por sus altas prendas de cabeza y de corazón dista mucho de ser lo que se llama un hombre vulgar, y á proclamarlo, aun teniendo sólo en cuenta sus condiciones de naturaleza, espíritu superior.

II

Entre las acusaciones que contra el Catolicismo formulan sus adversarios, es una de las más graves la de que mata la potente energía del humano espíritu, cortando á la inteligencia el vuelo; y encerrando el corazón en un círculo de hierro, dentro del cual se agita, como el pájaro en la jaula, luchando en vano por recobrar su perdida libertad.

Teoría es esta totalmente falsa; pero merced á causas que no nos pertenece exponer ahora, ha en:contrado .en los hijos del siglo XIX una acogida que estaba muy lejos de merecer, siendo origen de muchas de las dolorosas defecciones, lamentadas por la Iglesia en estos nuestros desdichados tiempos; lo cual nada tiene de extraño; pues siendo la que entre todo más envilece al hombre y le degrada la servidumbre, natural era que los que creen sinónimas estas dos palabras: Religión y esdclavitud, se decla. rasen en contra de la fe, haciéndola guerra á muerte.

Hace algunos anos, un hombre de indispu-table talento, 'aunque no de la gigante talla que sus admiradores le atribuyen, pronunciaba á la faz de la nación española las siguientes escandalosas palabras: «Entre la fe y la libertad hay incompatibilidad absoluta; precisado á elegir de las dos una, opto por la libertad.» Esta pública apostasía d'el Catolicismb fue yerro gravísimo en quien aspiraba á regir los destinos del pueblo español, que aún después de las convulsiones por que ha pasado, y á pesar de los dolorosos extravíos de que ha sido víctima, todavía ama á su Dios, y se conmueve cuando oye nombrar á la Virgen Madre; pero fué además crasa ignorancia, apenas concebible en un profesor de 'historia, que blasona de haberlo estudiado y examinado todo á la luz de una sana. filosofía, y que se muestra codicioso, á la vez. que del poder y su prestigio,. de la aureola brillante que rodea la frente del sabio.

Castelar se equivocaba, como no podía menos; la fe y la libertad bien entendida no son dos rivales que pelean; son al contrario des hermanas que se aman, dos excelentes amigas que se ayudan mutuamente y se prestan recíproco. apoyo.

Y esto lo dice la historia, y no la historia de un pueblo íi de una época, sino la historia de todos los pueblos en el largo período de veinte siglos, convenciendo de falsedad, á los que al hablar de Catolicismo gritan: ¡Opresión, ignorancia, oscurantismp, cadenas! y demostrando que no detiene á la inteligencia la fe,' sino la empuja adelante; que no pone el corazón en apreturas, sino lo dilata; y que no impide el progreso, sino lo procura, lo promueve, y es en rigor la sola que posee el secreto del progreso verdadero.

Testigos son de esta .verdad los hombres de la Iglesia; los Padres, los Doctores, los Santos de todo género que ella ha formado, los cuales deponen elocuentísimamente en su favor, y obligarán siempre á todo discutidor imparcial á reconocer y confesar qiie creer no es abdicar nuestra, racionalidad, sino engrandecer la inteligencia; que servir á Dios no es cargar sobre las espaldas un yugo insoportable de hierro, sino moverse con 'holgura, y en fin que amar al Padre celestial no es convertirse en una máquina, ni mucho menos hacerse enemigo de la humanidad, Sino revestirse de las entrañas de -caridad de Dios mismo para amar las cosas como las ama.

De la exactitud de estos asertos es patente prueba D. Bosco.

Bajo la acción del espíritu de piedad, ó digámoslo mejor, al impulso de ese agente

poderoso que en el idioma de la Religión-se llama la gracia, hace en sanchado la órbita de su pensamiento, tomando prodigioso vuelo. D. Bosco no es un sabio que se hunde en las profundidades de la tierra, como el geólogo, para sorprender su historia, ó que, como el astrónomo, sube al firmamento y recorre los espacios, preguntando á los astros quiénes son, de dónde vienen, cómo marchan y á dónde van; no es mi hábil político, que discurre modos para llegar al perfecto acuerdo de la autoridad y de la libertad, rivales én apariencia y en realidad hermanas; no es un consumado estratégico, que con el mapa delante de los ojos traza, á la manera que durante la guerra franco-prusiana lo hacía el general de Moltke, planes de campaña, y con tal precisión, que no le es necesario cuando los pone en práctica alterar en lo más mínimo los movimientos proyectados de sus ejércitoá. El objeto que ocupa su mente es más grande que todo eso; más trascendental que por medio de una victoria dominar un pueblo; que aumentar merced á diestras combinaciones políticas el bienestar de una nación, y que enriquecer los tesoros de la humana sabiduría con verdades robadas á la naturaleza á costa de prolijas y perseverantes investigaciones. seguid el pensamiento de ese varón de Dios, y le veréis ora hundirse en los abismos del humano corazón para medir la profundidad de su miseria, ora remontarse.á alturas inenarrables y perderse en el insondable mar de las misericordias del Eterno; le hallaréis estudiando maneras de acercar la criatura al Criador y de ponerlos en paz; le encontraréis fraguando planes para combatir no á enemigos materiales, sino la ignorancia, el error, el pecado, a vicio, que matan. las almas; le admiraréis por fin labrando ó pretendiendo labrar por tales caminos la ventura del individuo, la tranquilidad del hogar y el bienestar de la sociedad, y de esta suertepoblando los cielos, alegrando á los ángeles y regocijando al mismo Dios.

Y no se crea que es todo esto pura fantasía; es hermosa realidad. Lo dijo Montesquieu, y lo afirmó. Juan. Jacobo Sousseau en uno de sus lúcidos intervalos: «La religión cristiana, que parece desdeñar todo lo terrenal y no atender sino á los intereses eternos del hombre, á la vez que su felicidad en la. otra vida, labra su dicha én ésta.» Y es la verdad, de donde se infiere que quien, como D. Bosco,..pasa sus días pensando en Cristo, discurrendo la manera de hacerlo conocer, y estudiando medios para extender su influencia, merece bien de la Iglesia y merece bien del Estado, siendo Más util á la sociedad que el político que la gobierna, el soldado que la defiende; el sabio que la ilustra y todos cuantos se ocupan en su mejora y adálantos.

No es, sin embargo, la inteligencia sino el corazón el principal teatro de las .maravillas de la piedad, el campo donde la gracia realiza sus mayores milagros.

No somos partidarios de las exageraciones, ni sostenemos, por lo mismo, con el ilustre Larochefoucault.que todos los afectos humanos son, bien estudiados, meras transformaciones del egoísmo. Creemos en el desinterés, en la generosidad, en el amor que.sabe sacrificarse; pero es cierto que hay en el fondo del mejor de los hombres desleída, si se nos

permite usar de ésta palabra, una considerable dosis de amor propio, el cual se mezcla como funesta levadura en todos nuestros sentimientos, en todos nuestros afectos, en todos nuestros actos, maleándolos, y si no despojándolos enteramente de su valor moral, empañando á lo menos el brillo de su hermosura. Imaginad el tipo de honradez más bello que podáis, y cotejadlo con el tipo del santo; estamos seguros de que á la simple vista, y sin necesidad de entrar en profundos y minuciosos análisis descubriréis entre ellos diferencias tan marcadas, que os parecerán el uno puesto al lado djl otro, lo que la luz tibia y pálida de una bujía ante., la radiante claridad del sol

Por eso la antigüedad pagana pudo extasiarse contemplando la figura, ciertamente noble y majestuosa, de Sócrates; pero los cristianos, los que hemos visto desfilar frente á

nosotros el ejército de los Santos,. encontramos como descolorida y sin lozanía ni fragancia la virtud, tan celebrada por los sabios del gentilismo y por los neo-paganos de nuestros tiempos, del ilustre maestro de Platón.

Bajo la influencia de la gracia el corazón del hombre se transforma.—Dios entra en él,. lo llena, y todo en aquel alcázar se diviniza.—El hombre deja en alguna manera de ser puro hombre, para convertirse en hombre-dios, y puede en cierto sentido decirse que siente, ama y frágua designios como lo hace Dios mismo.

¿Admirará ya ver en D. Bosco prodigiosamente ennoblecidaá, hasta el punto de cautivarnos, las prendas de naturaleza de que fué dotado?

Un día, corría el año de 1841, D. Bosco se disponía á celebrar el santo sacrificio de la Misa en la iglesia de San Francisco de Asís de Turín, y comenzaba á revestirse, cuando llegaron á sus oídos voces descompuestas que turbaban el silencio del lugar sagrado. Era que el sacristán reprendía ásperamente, y aun golpeaba, á un jovenzuelo por el solo delito de haber entrado en la sacristía sin objeto, pues no sabía ayudar la santa Misa. La conducta del sacristán causó honda pena á D. Bosco, quien hizo llamar al rapaz, encargóle que oyera Misa, y mandóle volver después á la sacristía «porque, díjole, tengo un interesante negocio que tratar contigo.» El mancebo no faltó á la cita, y D. Bosco, con una benevolencia no humana sino divina, qué recordaba la dulzura é incomparable suavidad de Cristo, afanóse por derramar bálsamo sobre la herida que en aquel tierno corazón había abierto la dureza del sacristán.

Dios debió mirar infinitamente complacido aquella escena de delicadísima caridad, pues es cierto que luz clarísima iluminó al punto la frente de D. Bosco, recibiendo como una misteriosa intuición de lo porvenir. En aquel instante puede afirmarse que nació la Congregacion Salesiana.

Rasgos como estos llenan la vida :del noble sacerdote, probando hasta la evidencia que no hay nada tan delicadamente exquisito, ni tan exquisitamente delicado como la caridad-cristiana.

Ni hay tanípoco nada tan fuerte. Toda obra santa tropieza de ordinario con obstáculos de tal monta: que parecen insuperables, y en verdad lo son para la humana flaqueza. Con sapientísimo acuerdo lo dispone Dios así, lo primero para probar la firmeza y constancia de los que le sirven de instrumentos; lo segundo para patentizar la intervención de su Providencia, pues nunca se ve más claro el brazo del Altísimo que cuando de un golpe desbarata todo un ejército de dificultades; y por fin para que el edificio que se ha de levantar adquiera consistencia y solidez, lo que se consigue mejor cuando la piedra del cimiento es inertemente batida por el impetuoso oleaje de la contradicción.

La empresa de D. Bosco, así por su índole propia como por las circunstancias de la, época en que se iniciaba, hubo de encontrar escollos formidables, y el varón que osaba acometerla debía asemejarse al primero que se atrevió á lanzarse al mar, cuya intrépida audacia pinta Horacio en aquellos versos:

*Illi robur et aes triplex
Circa pectus erat, qui fragile truci
Commisit pelago ratem.*

Necesitaba, en efecto, como navegante osado. valor indomable, pecho cubierto de triple hierro, y ánimo templado en el fuego santo de la divina gracia.

Pero todo esto poseíalo D. Bosco. A veces, mejor dicho, muy á menudo le faltan los medios materiales, necesarios para toda obra. «No importa, exclama entonces imperturbable el buen sacerdote, Dios proveerá. Hagamos nosotros lo que podamos, y el Padre de las misericordias hará lo demás.: ¿Son arrojados sus alumnos de un local, que adquirieron á

duras penas? „No importa; repite; Aquel que proporciona albergue en las cavernas de los bosques hasta, á las .mismas fieras; no nos olvidará á nosotros. ¿Se lanzan acusaciones calumniosas contra sus buenos jóvenes? «No importa, sigue aún clamando D. Bosco; la Providencia y el tiempo, su auxiliar, 'se encargarán de vengar á los inocentes.» De esta suerte la confianza en Dios le hacía indomable. Nada era capaz de doblegar su invicto ánimo. Hubo un tiempo en que, varones sesudos y prudentes, tomando por tenacidad la firme constancia del hombre de Dios, se persuadieron de que su cabeza flaqueaba. Por un momento D. Bosco se encuentra entonces solo: el mundo .se ríe de él; los buenos júzganle visionario; sus amigos le tienen por loco, y hasta el mismo Dios parece desampararle, suscitándole obstáculos en su marcha. Otro hubiéralo abandonado todo para vivir sosegadamente; mas no así D. Bosco, que prosigue impertérrito. su camino, sin hacer caso de los que le apellidan demente.

¡Ah! no carecían estos de rajón hasta cierto punto. D. Bosco deliraba, pero con el delirio sublime de Colón, cuando sonaba mundos nuevos que surgían del fondo de los mares, y resolvía lanzarse á las turbias olas para agregar aquellos mundos á los dominios de Cristo, Rey inmortal de los siglos; D. Bosco estaba loco. mas con la locura de la Cruz, con la locura de Pedro y Pablo, de Juan y Santiago y de todos los Apóstoles y heraldos del Evangelio, con la locura de los Mártires, que morían riendo, con la locura del mismo Cristo.

La sociedad moderna necesitaba, para volver á razón, muchos locos de esta clase.: mientras ponga la esperanza en sus raciocinios y discursos: en tanto que el frío cálculo sea su criterio; su aspiración (mica el bien que ve eón los ojos, y la fuerza en que se apoye su propio brazo, el mundo, que presume de cuerdo-y califica de insensatos á los adoradores de la Cruz, vivirá devorado por la fiebre ardiente de las concupiscencias, se revolcara en su lecho, presa de horrible agitación,. y si abre los labios, será sólo para pronunciar dislates... Unicamente cuando el frenesí del divino amor produzca en abundancia esos visionarios del cielo, que se llaman los Santos, visionarios singulares-, cuyos arrebatos en vez de desastres siembran bienes, lograrán los hombres la paz por que suspiran, dejando de ser juguete de sus, deplorables ilusiones.

Hay entre las virtudes cristianas una que muy encarecidamente recomendaba á los fieles el apóstol san Pablo, á la cual se da no sin gran propiedad el nombre de modestia. Producto ó resultado de las demás virtudes, la modestia es como el brillo exterior, como la aureola de la santidad, y hace de ésta una especie de irresistible imán, que cautiva las almas y aun á su pesar las aprisiona. Notorios son los efectos portentosos que sólo con su presencia producían san Francisco de Asís, san Luis Gonzaga y san Francisco de Sales, cuyo aspecto externo era por .sí solo una predicación, aunque muda,- muy elocuente, y en alto grado persuasiva, del encanto y belleza de la santidad.

Aseméjase en este punto D. Bosco mucho á aquellos Santos. En su fisonomía hay algo que no es de este mundo: brilla su frente como si la cercara celestial resplandor, y de sus ojos brotan rayos de fuego divino: una sonrisa plácida se dibuja siempre en sus labios, y palabras dulces cual la miel salen de su boca; en fin, sencillez sin ficción, y nobleza sin altivez, son sus rasgos más característicos, comunicando á su persona irresistible atractivo. Sus jóvenes alumnos, no insensibles á ese encanto, rodeaban con fruición inefable .á su buey Padre el día festivo, y-cuando llegaba la noche co'stábales sumo trabajo separarse de él: cada uno le .daba cien veces las buenas noches, y no tenían fuerza para dejarlo, hasta que el mismo Don Bosco los despedía, y así los obligaba á marcharse.

No es posible recordar sin emoción lós mil y mil episodios de la vida de D. Bosco, en que de uno ú otro .modo se patentizó la tierna adhesión de los discípulos al Maestro. Rendido al

peso de la fatiga, y trabajado por disgustos incesantes, el venerable Sacerdote cayó enfermo, y el mal hizo tan rápidos progresos y tomó proporciones tan alarmantes, que los médicos declararon imposible su curación, por lo cual se administraron al paciente los últimos Sacramentos, esperándose su muerte como un suceso triste, pero inevitable, de un momento á otro. ¿Qué hacían en estas horas de angustia suprema los alumnos de D. Bosco? Iban y venían á la casa donde éste moraba; agrupábanse á sus puertas, informándose con solícito interés de la marcha del mal, y frecuentemente ponían en juego ingeniosas estratagemas para lograr el consuelo de verle. Ni á esto solo se limitaron. Cuando se convencieron de que la ciencia había agotado sus recursos, y de que en lo humano no quedaba esperanza alguna, volvíanse á Dios, á la Virgen Inmaculada, á san Francisco de Sales y á otros Santos, á quienes pedían con ferviente anhelo la vida de su piadoso bienhechor; apoyando sus plegarias con votos y promesas, que revelaban la ternura con que amaban al que apellidaban su padre: unos ayunaron á pan y agua, otros se comprometieron á hacer penosas-peregrinaciones á devotos santuarios, y en fin todos los sacrificios les parecían poca cosa, á trueque de conseguir la dicha de volver á ver á Don Bosco sano y bueno.

No se concibe sin ese poderoso ascendiente del buen Sacerdote sobre sus alumnos, que pudiese reunir en la iglesia á multitud de niños, y tenerlos horas y días enteros pendienteS de su voz, dándoles en ocasiones Ejercicios espirituales en toda forma.

Por el mes de septiembre de 1850, aprovechando D. Bosco las vacaciones de los jóvenes escolares del Seminario de Giaveno llevó sus discípulos á aquel establecimiento eclesiástico, teniéndolos en retiro una semana completa. Portáronse admirablemente los tiernos ejercitantes, y D. Bosco para premiarlos arregló á la conclusión de los Ejercicios una expedición de recreo, un paseo, campestre, que debía terminar en un santuario. Él mismo presidía la tropa: la banda de música de Giaveno que acompañaba á los expedicionarios, tocaba alegres sonatas. cuyos ecos repetían las montañas y las colinas, y los muchachos, radiantes de júbilo, cantaban entusiasmados en loor de su maestro este bello himno:

*Viva, D. Bosco,
Che ci conduce
Sempre alla luce
Della virtù
Che in lui men lucida
Gimmai non fu.*

Gozaron los niños en este paseo lo que no es decible, y cuando llegaron al santuario, que era la iglesia de San Miguel de la Chiusa, obtuvieron de los Padres administradores la más cariñosa acogida, y oyeron de los labios de D. Bosco explicaciones instructivas y llenas de interés sobre la historia y mérito del vetusto edificio que visitaban.

Así el santo sacerdote, mezclando lo agradable con lo útil: á la vez que preservaba á sus alumnos de innumerables peligros, se hacía amar tiernamente de ellos, y demostraba la caridad de su hermosa alma.

Cuando traemos á la memoria estas y otras análogas escenas de la vida de D. Bosco, comprendemos la diferencia entre el hombre honrado y el hombre justo. Entonces nos sentimos obligados á exclamar: D. Bosco es muelle' más que un varón de superior espíritu es lo que en el idioma cristiano se llama un varón de Dios.

Cuando Dios escoge á un hombre para servirse de él como de instrumento en gloriosas empresas, lo bendice. lo pertrecha, si podemos explicarnos de esta suerte, con todo linaje de armas, y le concede, en una palabra, cuanto ha menester para llevar á término dichoso su augusta misión; y si ésta exige el concurso y la cooperación de muchos, pone en su

elegido una especie de sello, un no sé qué misterioso, para que todos ante él se inclinen, y quiéranlo ó no, se conviertan en sus ayudadores. Ejemplos á millares pudieran seaducir en corroboración de esta verdad, tomados unos de las sagradas Escrituras, extraídos otros de la historia eclesiástica. José está destinado á ser en Egipto el salvador de sus hermanos, y Dios dispone las cosas de modo que el esclavo, el encarcelado, el extranjero, hallando gracia en el ánimo de Faraón y de su pueblo, se abra paso y llegue á la más alta de las dignidades que, después de la real, se conocían en la tierra de Mesraim. Daniel debe ser en los tristísimos días del cautiverio el consolador de sus hermanos en el país de la servidumbre, y el Señor, que tal designio ha concebido, imprime en su rostro y en su persona algo extraordinario que enamora al monarca y á su corte, que atrae y cautiva al uno y á la otra, y que le coloca en condiciones para ser lo que fue y hacer lo que hizo.

De cada uno de los Apóstoles del Evangelio, de aquellos varones esclarecidos que al marcharse á la soledad dejaron, por así decirlo, despobladas las ciudades, porque se llevaron consigo lo más florido de la juventud que dentro de sus muros encerraban éstas, de Benito de Nursia, de Francisco de Asís y de una multitud de Santos del Testamento Nuevo, puede amarse lo propio que de Daniel y de José. Seres en verdad providenciales, fueron amados de Dios y de los hombres.

A este modo ha mostrado Dios que era D. Bosco su siervo escogido, vaso de elección, como de san Pablo se escribe, para una obra verdaderamente grande.

No es D. Bosco uno de esos hombres acomodaticios, que se pliegan á las circunstancias, hablando cada día y cada momento distinto lenguaje; severos censores ahora de las costumbres corrompidas de la época, y aduladores serviles luego del pueblo cuyo favor necesitan; hijos sumisos de la Iglesia en el instante presente, decididos defensores de su doctrina é invictos campeones de su causa, y un segundo después cortesanos de los enemigos de Cristo y de la Esposa inmaculada del Cordero, con los que transigen, y á quienes rinden pleito homenaje.

No: D. Bosco es todo un carácter. Católico sin aditamento alguno, fiel á la Iglesia sin restricciones ni reservas, su fe es la fe de Pedro, y á nadie y en ninguna parte oculta sus firmes. sus inquebrantables creencias. El respeto humano no le doblegó jamás, y si fue siempre indulgente y bondadoso con las personas, en punto á principios y doctrina llevó la intolerancia á los últimos extremos. Nunca hizo causa común bajo pretexto alguno con los enemigos de Dios.

Y sin embargo, goza D. Bosco de extraordinario prestigio, y es quizá ó sin quizá el hombre más popular de la Italia moderna.

Harto sabida es la triste situación de este hermoso país. La tierra clásica d'el Catolicismo, donde se alzó en virtud de un decreto providencial el trono de los-Vicarios de Cristo; el suelo bendito, regado con la sangre de los apóstoles Pedro y Pablo y de tantos mártires, y embalsamado con el suave perfume de las virtudes heroicas de santos sin número; el pueblo que al Catolicismo debe la gloria de sus artes y de sus letras, y de sus ciencias y hasta su vida misma, porque sin los Papas, lo han reconocido y confesado historiadores imparciales y para nadie sospechosos, la Italia no existiría, se ha alzado con frenética rabia contra su bienhechor, y ha entrado, y aun puéstose al frente de la impía conjuración formada años há contra la Iglesia de Cristo.

Cierto que la fe y la piedad cristianas no han muerto en aquellas comarcas, que casi nos atrevemos á apellidar con el título de sagradas; sino antes bien viven todavía, y de tiempo en tiempo yerguen la cabeza, aunque no sea más que para protestar, llenas de viril energía, contra las nefandas hazañas de la Revolución; pero por desgracia los gritos de la impiedad ahogan la voz de los creyentes, y las sociedades secretas. activas allí más que en ninguna

otra parte, y una prensa desenfundada, que no respeta ni lo más santo, y asambleas dominadas del espíritu revolucionario, y qué sé yo cuantas cosas más, impiden que las fuerzas católicas desplieguen su natural energía, y que se haga el bien. En frente del Vaticano el Quirinal: junto al templo, donde se ora, la lógiá donde se maquina la destrucción del reino de Cristo: aquí el Consistorio de los Cardenales, en el que resuena la voz del Papa lamentándose de la guerra que se le hace; allí las Cámaras legislativas, en las que las más violentas pasiones se dejan oír, y bajo su influencia se dictan leyes contrarias á la libertad y á los derechos de la Iglesia: á un lado las imágenes de los Santos, que .todo lo sacrificaron por el nombre de Cristo; á obro los retratos de Garibaldi y Mazzini, enemigos de toda religión y acérrimos adversarios del Pontificado, representación viviente de Cristo en la tierra: el eco de la plegaria, confundándose con el horrible grito del blasfemo; ved aquí el cuadro. abigarrado de la Italia de hoy.

Y en esta Italia vive querido y respetado D. Bosco.

Hemos indicado algo acerca de las contradicciones que éste hubo de experimentar alienas reveló su pensamiento; pero no lo hemos dicho todo: llegó un instante, como más tarde se verá, en que se. le hizo guerra á muerte, y con saña tan implacable, que sólo milagrosamente pudo salvar la vida el hombre de :Dios en la tremenda conjuración fraguada contra él

Pero estas pruebas pasaron, y cuando cesó la tormenta D. Bosco en todas partes halló amigos. •

En efecto, amigos suyos fueron sus numerosos alumnos, sobre los cuales jamás perdió la antigua influencia, siendo su ascendiente tan fuerte y poderoso, que se puede casi comparar con lo que solemos apellidar encanto, fascinación.

Fueron sus amigos también los hombres del pueblo, los cuales, guiados por ese buen sentido práctico de que las clases populares dan clara muestra cuando pérfidos explotadores no tuercen sus instintos despertando bastardas pasiones, han comprendido que en interés suyo, y no buscando medros ni ventajas propias, trabaja el venerable sacerdote, recompensaron tanto sacrificio con gratitud y amor.

Los miembros más elevados del clero ufanáronse asimismo con la amistad de D. Bosco.. Cuando los adversarios, que entre ellos tuvo al principio el ilustre fundador de la Congregación Salesiana, se hubieron cerciorado de que lo que padecía éste no era una alucinación mental, una monomanía difícil de curar, sino la fiebre del divino amor, corrieron á tomar parte en su obra, y teólogos esclarecidos, habituados á las altas especulaciones de la ciencia, no tuvie'on á menos descender de sus alturas para mezclarse con los niños, usando en vez del lenguaje sublime de los sabios el idioma y los conceptos triviales de ,los sencillos y los pequeñuelos. Hasta los mayores Prelados estimaron subida honra estrechar la mano de D. Bosco, cuyos oratorios viéronse visitados no sólo por los Arzobispos de Turín,. sino por muchos otros obispos de Italia y fuera de ella, que se gozaban de ejercer en ellos ros pontificales.

Aun los hombres más funestos para la cansa de la Religión usaron con D. Bosco .miramientos, y le guardaron consideraciones que nos maravillan.

Sabido es quién fué el comendador Ratazzi. Amigo íntimo de Cavour y heredero de su audacia, á la vez que de su perfidia, ha sido uno de los políticos de Italia que más eficazmente han contribuido á la expoliación del Papa y á la constitución de la unidad italiana.

Pues bien, Ratazzi, en quien andaban juntas **con** las deplorables cualidades indicadls, nobles prendas, que en otra época ó viviendo en distinta attmis' fera y sin los compromisos que le ligaban, habrían hecho de él un hombre grande en vez de un hombre. funesto,

amaba á D. Bosco.

Cuando la fama de éste empezaba á extenderse ya p todas partes, allá por los años de 1854, Urbano Rattazzi quiso conocer al hombre de Dios, de quien tantas y tan notables cosas se pregonaban, y un día se presentó inopinadamente en el Oratorio, precisamente en los momentos en que explicaba á sus alumnos el celosísimo sacerdote la doctrina cristiana. Rattazzi lo oyó, buscóle después en su modesta vivienda, y habiendo tenido con él larga conferencia sobre los sistemas de educación que podían emplearse con los niños, salió prendado de lo que había visto, y resuelto á ser el protector de D. Bosco, utilizando en provecho de éste la influencia que en las altas regiones del Estado tuviera.

En el Quirinal mismo, á pesar de los vientos contrarios á todo lo que es Religión que allí corren, ha-cese grande estima de D. Bosco, fío- obstante que no se ignora ni puede ignorarse que el fundador de los Salesianos no es un P. Card, capaz de transigir con los expoliadores del Papa, sino un católico verdadero, ¡un sacerdote en todos sentidos merecedor de este nombre, que en cuerpo y alma pertenece á la Iglesia y al Vicario de Cristo.

Pero nada honra tanto á D. Bosco como las distinciones que le fueron prodigadas primero por Pío IX y después por León XIII.

Hermosa es la historia del Pontificado. Encarnación viviente de la idea cristiana, como representantes de Cristo entre los hombres, los Pontífices Romanos en todos los tiempos han sido la luz del mundo y la sal de la tierra. Sobre todo en las terribles crisis, que sobrevienen de cuando en cuando y que todo lo ponen en peligro, creencias, civilización, familia, patria, ellos han salvado esos tan caros intereses de la humanidad. No por otra causa Dios en esos momentos de suprema angustia ha suscitado Papas -de gigante talla, capaces de domitar las circunstancias. Así cuando al frente de sus feroces hunos se presenta en campaña Atila, siéntase en el trono de San Pedro un san León, bastante fuerte para detener los pasos-del cruel conquistador; cuando Enrique IV de Alemania, siguiendo las huellas de sus predecesores, humilla á la Iglesia, teniéndola encadenada y haciendo sacrílego comercio con las cosas más santas, un varón de voluntad de hierro sube á la Silla pontificia, el célebre Hildebrando, y emprende por la libertad y el honor de la Iglesia misma lucha formidable, en la que sucumbe, aparentemente vencido, pero en realidad vencedor: cuando nuevos peligros que vienen de todos lados, del Oriente y del Occidente, dentro y de fuera, siembran la alarma en los corazones, empuña el cetro del orbe católico el cardenal Lotario, bajo el nombre de Inocencio III, y conjura, la borrasca llenándose de gloria inmortal; y por último en el sitio poderoso, halló otro en León XIII, quien desde luego se hizo cooperador, y dió al Fundador de la Congregación inequívocas pruebas de estima y confianza; que no otra cosa que interés vivo, muy vivo por el Instituto Salesiano, revela el hecho de haber nombrado su protector, en 1879, al cardenal Lorenzo Nina; como demuestra confianza sin límites el encargo por el Papa mismo dado á D. Bosco de terminar la obra de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, levantada en Roma en el sitio llamado Castro Pretorio, sobre el Monte Esquilino. Empezáronse los trabajos para esta magnífica construcción en 1868, creándose para que los dirigiese y Presidiese una Comisión de personas distinguidas, al frente de las cuales estaba el Cardenal Vicario; la que adoptó el plan formado por el conde Vespignani. Mas los tiempos no eran favorables para empresas de este linaje, y los recursos, á pesar de los laudables esfuerzos hechos por la Comisión para que no disminuyesen, escasearon al fin. Por otra parte, juzgóse sería útil que el nuevo templo, además de servir de iglesia parroquial á las doce mil almas que en aquellos contornos se juntan, contuviese Oficinas ó dependencias para escuelas, y hospicio ó asilo de huérfanos. El hecho es que una y otra causa decidieron á León XIII á poner en las manos de D. Bosco la 'continuación, cuidado y

administración de la fábrica, y á la fecha en que escribimos las presentes líneas la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús se alza ya erguida sobre aquella colina famosa, proclamando no sólo el maravilloso poder del Fundador de los Salesianos para vencer toda suerte de obstáculos, sino la confianza que en él tenía el Padre Santo.

Creemos después de lo expuesto poder afirmar que D. Bosco no es sólo un hombre de superior espíritu y un varón de Dios, sino que el cielo ha derramado sobre él bendiciones espirituales. abriéndole el camino de los corazones, y poniéndole así en. situación de poder proporcionarse los medios indispensables para llevar á término una obra tan vasta. y tan complicada como es la Salesiana.

Asentemos, pues, por conclusión de esta primera parte de nuestro trabajo, que D. Bosco es lo que-con toda verdad puede y debe llamarse un. hombre., providencial.

CAPÍTULO II

La obra de D. Bosco.

- f

•

EL nombre de D. Bosco inspira veneración y amor dondequiera que es conocido. En Italia, en Francia, en España, en Europa y en América ese nombre se pronuncia frecuentemente más á menudo que los de los héroes que por sus hazañas alcanzaron mayor popularidad; y despierta siempre sentimientos de respeto y benevolencia. Investigar la causa verdadera de este hecho es tarea interesante, y á ella vamos á dedicarnos ahora.

¿Deberá el hombre extraordinario, objeto de nuestro estudio, su fama y las simpatías que excita á- los múltiples escritos por él dados á la estampa? No vacilamos en contestar rotundamente que no. Es cierto que D. Bosco ha publicado libros de purísima doctrina, no exentos de importancia y mérito literario, como lo prueban la acogida-que el,público les ha dispensado y las numerosas ediciones que á la fecha presente se han hecho ya de algunos. La crítica que, parcial en demasía, ensalza las obras en el espíritu moderno inspiradas, y desdeña, cuando no censura con desapiadacla rabia, las que no se apartan de las normas católicas, no ha tenido una palabra amarga para las producciones ed D. Bosco, sino antes bien las ha elogiado y reComendado calurosamente; hecho que por sí solo basta á demostrar que no es aquel sacerdote un escritor adocenado. Pero hay en D. Bosco otra cualidad que resalta más que su literatura y su ciencia. El escritor queda eclipsado por otro personaje.

¿Será el orador cristiano? preguntará alguno. No negamos que D. Bosco es en todo rigor ministro y verdadero representante de . Dios humanado, que pasó la última parte de su vida terrestre enseñando á las gentes, y que al enviar á sus discípulos á la conquista del mundo, les dijo: „Predicad el Evangelio á toda criatura. Reconocemos y confesamos de buen grado que, celoso de la gloria de Dios y del bien de las almas, ha ejercido D. Bosco en Turín, en toda la Italia, y áun fuera de Italia, un apostolado no infecundo. por cierto. Hemos leído recientemente los triunfos por él alcanzados en París, donde ocupó púlpitos que hicieron para siempre célebres los oradores más ilustres de Francia, y lo decimos con verdad, nos hemos congratulado de los elogios que á porfía procligaban los periódicos al Jefe de los Salesianos. Pero nos vemos obligados á afirmar que la aureola de que aparece rodeado D. Bosco, no-es la que circunda al P. Lacordaire, ni .al P. Ravignan, ni al P. Ráulica, ni al P. Félix, ni al P. Monsabré; no es el esplendor de la elocuen'cia. Otra cosa hay en D. Bosco más excelente que. la abundancia de la palabra y el encanto de la frase.

Quizás os referís, exclamará alguno que nos lea, .á sus maravillas, porque si liemos de creer lo que la fama pregona, D. Bosco es un varón de milagros; émulo de los Francisco de

Paula y los Vicente Ferrer, un taumaturgo. No le rehusaremos este dictado. Sin adelantarnos al juicio de la Iglesia, y hablando de tan delicada materia con la circunspección con que debe hacerlo toda persona sensata, y muy especialmente quien antes que nada es católico, podemos asegurar que la vida de D. Bosco abunda en hechos extraordinarios, de cuya realidad, según el humano modo de pensar y discurrir, no es posible dudar, porque los datos y señales con que se han publicado los ponen á cubierto de toda superchería.

No queremos detenernos en esto, pero nos es imposible dejar de contar algo de lo que refieren autores merecedores de crédito.

Vivía por los años de 1869 en Vinovo, aldea cercana á Turín, una joven llamada María StarUro, la cual tuvo la desgracia de contraer grave enfermedad de ojos, que la privó totalmente de la vista. Ansiosa de recobrar el bien perdido, concibió la desdichada el pensamiento de hacer una peregrinación á la iglesia de María Auxiliadora, recientemente levantada en Turín por D. Bosco, y un sábado del mes de Mayo se presentó en el templo, acompañada de dos mujeres; la una era su tía y la otra una convecina. Después que hubo orado corto rato ante la imagen de Nuestra Señora, sus guías la condujeron á la presencia de D. Bosco, que se hallaba en la sacristía. Informóse éste con caritativo interés del tiempo que llevaba la joven de estar ciega; eran dos años: del juicio que los facultativos habían formado de la enfermedad; todos la creyeron incurable; y de la calidad de la ceguera, ya total; y luego, dirigiéndose á María, le preguntó:

- ¿Querríais ver?

—Señor, respondió ella, soy pobre, y necesito la vista para buscar la subsistencia; ¿no he de quererlo?

—¿Os serviréis de los ojos para bien de vuestra alma y no para ofender á Dios?

—Lo prometo COD todo thi corazón.

—Confiad en la santísima Virgen; Ella os ayudará.

- Lo espero; mas entre tanto estoy ciega. —Veréis. —¡Ver yo!

Entonces D. Bosco, tomando un tono y ademán solemnes, exclamó:

- A gloria de Dios y de la bienaventurada Virgen María, decid ¿qué tengo eh la mano?

La joven abrió los ojos, fijólos en el objeto que D. Bosco le presentaba, y gritó:

—Veo... una medalla... -y de la santísima Virgen.

—Y en este otro lacio de la medalla, pregunta D. Bosco, dándole vuelta, ¿qué hay?

—Un anciano con la vara florida: es san José.

Renunciamos á describir lo que entonces pasó; sólo añadiremos que habiendo María extendido la mano para coger la medalla, cayó ésta al suelo, yendo á parar á un rincón de la sacristía, y la misma María, por orden de D. Bosco, la buscó y la encontró, con lo que dejó á todos perfectamente convencidos de la realidad de su curación, la cual fue tan completa como prodigiosa, porque María Stardero no ha vuelto á padecer de los ojos.

No podemos resistir al deseo de referir á nuestros lectores este otro hecho, que juzgamos verán con gusto.

Hallábase próximo á la muerte en Roma un joven que, aunque piadosamente educado en el Oratorio de san Francisco de Sales, había tenido la desgracia de perder la fe, y obstinadamente rehusaba confesarse. Avisóse á D. Bosco; pero éste se encontraba en Florencia, y aunque apenas recibió la triste nueva se puso en camino para Roma, llegó tarde. El enfermo, cuando D. Bosco entró en su habitación, había dejado de existir.

Fácilmente se comprenderá la ansiedad de la familia, mientras el paciente luchaba con el mal y se dudaba si vendría ó no á tiempo su maestro antiguo, así como también la

desolación que á la ansiedad seguiría, cuando se convencieron todos de que no había ya recurso. Únicamente D. Bosco permaneció tranquilo. „Dejadme solo,» dijo á los circunstantes, y después de orar fervientemente volvióse al difunto, y en tono imperativo dijo tres veces: „Carlos, levántate.» El muerto se levantó. se confesó, y en presencia de sus parientes y vecinos, atónitos, recibió la sagrada Comunión. Concluido este conmovedor acto, D. Bosco, abrazando amorosamente 'al mancebo, le dijo: «Hijo mío, ya estás en gracia; tienes abierto el cielo; ¿quieres irte á er ó quedarte con nosotros?—Quiero ir al cielo, » respondió el joven, y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Era otra vez cadáver.

Tales milagros y otros que sería larga tarea narrar, demuestran que D. Bosco es un verdadero taumaturgo. ¿Debe á eso su celebridad? Nos atrevemos á decir que tampoco. Hay en D. Bosco algo más trascendental que sus milagros, y es su Obra. la Congregación Salesiana, con todas las instituciones y empresas caritativas que en ella toman vida.

Vamos á dar una idea de esta grande Obra,- empezando por relatar su historia.

Harto frecuentemente acaece, y más que en ninguna otra esfera, se observa esto en la de lo sobrenatural, que las cosas grandes se originen en pequeños principios. El árbol corpulento, á cuya sombra reposa humilde campesino con los hijos que crió, es la débil vara ó estaca, ó la casi imperceptible semilla, plantadas en la tierra por la mano del que fué jefe, fundador ó primer padre de toda aquella patriarcal familia. El caudaloso río, que marcha tranquilo y recorre majestuoso comarca dilatada, siendo -gloria de magníficas y opulentas ciudades, edificadas sobre sus riberas, es el arroyuelo de la montaña, de hilo de plata, que en remota altura se desliza por entre verde yerba, y que creciendo luego, ensanchándose y enriqueciéndose con las aguas de mil afluentes, adquiere fuerza y grandeza. El poema que arrebató, el libro ameno y entretenido que deleita el ánimo, el monumento científico que contemplan asombradas las edades, es el pensamiento que brotó un día en la frente del hombre de genio, y que desenvuelto, dilatado y como fecundizado al calor del talento, tomó las colosales proporciones que hoy ostenta en la epopeya, la novela, el tratado ó la obra monumental, gloria de sus autores.

A este modo el Instituto de D. Bosco tuvo humildes comienzos.

Ya hemos referido en otro lugar el episodio de la sacristía de San Francisco de Asís de Turín. D. Bosco puso término al interesante diálogo que con el niño maltratado sostuvo, diciéndole: «¿Quieres comenzar ahora mismo el estudio del Catecismo?» Y como el joven respondiese afirmativamente á esta pregunta, el Sacerdote sin más preámbulos empezó á enseñarle el modo de persignarse.

Acaecía esto el 8 de diciembre de 1841, es decir, el día en que la Iglesia católica celebraba la fiesta de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Sin duda la mano de la Providencia andaba aquí. Poníase entonces la primera piedra del gigante edificio que D. Bosco debía construir, acto que carecía de la solemnidad que suelen en el mundo tener todas las inauguraciones; y tan oculto, tan escondido, que no lo presenciaba testigo alguno; mas Dios quería que su santísima Madre fuese, por decirlo así, la encargada de bendecir la obra, y no podemos dudar que la Inmaculada Virgen. acompañada de millares de espíritus angélicos, asistía á lo que pudiéramos llamar la santa ceremonia, aunque pasase ignorada de los hombres, y que María y su espléndido cortejo se gozaban viendo como descendía del cielo y caía sobre la tierra el pequeño grano de mostaza, que corriendo los años sería corpulento y copudo árbol.

La historia ha conservado el nombre del primer alumno de D. Bosco, y nosotros no podemos menos de consignarlo aquí: llamábase Bartolomé Garelli, y era natural de Asti.

A aquel se juntaron otros jóvenes, y á éstos otros y otros, en tal manera que la tropa que D. Bosco capitaneaba era ya en 1842 una legión compuesta de cien individuos. El celosísimo

Apóstol reunía su pequeño ejército los días festivos; lo arengaba, hablándole en lenguaje sencillo, pero profundamente conmovedor, porque era el lenguaje del corazón, de las batallas que los soldados de Cristo han de reñir y de la gloria de los triunfadores; y después de haber entusiasmado á los combatientes, los despedía, dejándoles en el alma una tan grata impresión que toda la semana estaban pensando en el domingo y ansiando que llegara. Para dar más amenidad á estas sencillas reuniones formó D. Bosco á costa de perseverantes esfuerzos un coro de cantores, que con sus armoniosos himnos aumentaban el encanto de aquellas santas asambleas.

El celo de D. Bosco no le permitía estarse quieto los días de trabajo, antes bien desplegaba en ellos una vigilancia suma sobre sus protegidos. Recorría los talleres, fábricas y lugares en que trabajaban, seguía solícito los pasos de cada uno y sus movimientos, y aprovechaba, con esa destreza que sólo la caridad da, cuanto veía ú oía para alejar de peligros á unos, enseñar á otros y á todos hacerlos mejores. Si alguno quedaba desocupado, él mismo le procuraba colocación, no descansando hasta que conseguía ponerlo al lado de un maestro hábil y sobre todo cristiano.

No queremos molestar á nuestros lectores con el minucioso relato de los progresos de la Obra de D. Bosco; bástanos decir que el 8 de diciembre (le 1844 el venerable sacerdote tuvo por vez primera el consuelo de celebrar el santo sacrificio de la Misa. rodeado de más de 200 jóvenes, que le respetaban y amaban como padre.

Por esta época fué cuando el santo Fundador dió á su Obra, y al lugar que la servía como de teatro, el nombre de Oratorio de san Francisco de Sales: La palabra oratorio expresaba el pensamiento capital de la Institución, que era poner las almas" en contacto con "Dios, fuente (le toda luz, de todo gozo, de toda vida y de todo bien. El aditamento "de san Francisco de Sales" denotaba quién debía ser su principal patrono. La elección del santo Obispo de Glinebra fundábase en varios motivos y particularmente en estos dos: 1.º que siendo una de las razones del establecimiento del Oratorio la necesidad de alzar una como trinchera para defender á la juventud italiana de la invasión del protestantismo, effipeñado en enseñorearse de la Península, conveniale un protector como Francisco, cuya vida fue una serie no interrumpida de combates, reñidos con los protestantes, y de triunfos sobre ellos alcanzados; y 2.º que los niños y jóvenes, objeto de las predilecciones de D. Bosco, habían menester un padre cariñoso, dulce, accesible, lleno de bondad; y los que en su asistencia espiritual y aun material se ocuparan, un modelo de paciencia, de suavidad y de mansedumbre, todo lo cual hallábase en grado sumo en san Francisco de Sales.

Luchando con dificultades de varia índole, pero siempre venciendo, D. Bosco tuvo la inefable satisfacción de ver agrandarse incesantemente su Obra. A las reuniones del día festivo afiadieron luego las Escuelas nocturnas, y en 1846 el celoso Sacerdote congregaba en su Oratorio nada menos que 700 jóvenes, y en las Escuelas á otra multitud de ellos, á los que daba enseñanza provechosa para la vida del tiempo y para la vida de la eternidad.

A poco, como si D. Bosco estuviese llamado á crear, permítaseme la palabra, una universidad de caridad, forniábase insensiblemente al lado del Oratorio y de las Escuelas un asilo ú hospicio para los niños desvalidos, el cual, después de salir triunfante de situaciones muy críticas y difíciles por el heroísmo de D. Bosco, vino á poblarse de desdichados. á quienes hizo felices aquel héroe del amor.

No bastando ya el primer oratorio se fundó otro, Y luego otro, y más tarde otro; y no pudiendo D. Bosco por sí solo atender á tanto, creó un cuerpo de ejército al que dió por bandera la caridad, legión de valientes, con la que salió á la conquista de las almas, porque la Italia era estrecho campo para su celo, á Francia, España y al otro lado de los mares.

Así se hizo grande lo que de cortos principios nació, cumpliéndose otra vez más la palabra

del Evangelio: "El reino de Dios es semejante á un grano de mostaza, que siendo la más pequeña de todas las semillas, se convierte bajo la acción de los elementos en árbol de robusto tronco, de prócer talla y de ramas anchurosas, sobre el cual bajan á -posarse las aves del cielo."

Pero ¿de verdad puede todo esto aplicarse á la Obra Salesiana? Aunque justificado está por lo dicho, queremos ampliar aún la prueba, y vamos á estudiar ahora la Institución de D. Bosco, • examinando las partes de que se compone.

II

Ha dicho el P. Faber que por lo general los Santos no hicieron muchas cosas, aunque su existencia terrena haya sido fecunda en frutos abundantes de eterna vida.

Si con esto hubiese querido manifestar el ilustre Oratoriano que no consiste la santidad ni en lo mucho ni en lo grande, sin vacilar suscribiríamos á su sentencia; mas como es cosa muy distinta lo que el insigne escritor, por alguno apellidado el san Francisco de Sales del siglo XIX, intenta expresar, confesamos francamente que la teoría, por más que no osemos combatirla, no nos satisface ni nos es grata.

De cualquier modo, aunque la doctrina del autor de *Belém* se acepte como verdadera, preciso es reconocer que ha tenido en todos tiempos numerosas excepciones, pues nada nos acaece con más frecuencia, cuando leemos las historias de los héroes de la Religión, que vernos forzados á exclamar: *Digitus Dei est hic*: «El dedo de Dios está aquí,,, no acertando á explicarnos., porque no puede humanamente explicarse, que hombres flacos, sujetos á las exigencias y necesidades de la naturaleza como los demás, y muchas veces enfermizós y achacosos, tuviesen fuerzas y tiempo para dar cima á tantas y tan grandes obras como llevaron á cabo.

¿Hay nada admirable como el espectáculo del célebre abad de Clara-val, san Bernardo, á quien hallamos, ya en la soledad trabajando con sus monjes en roturar y cultivar la tierra, ya en las asambleas eclesiásticas, en los concilios, discutiendo los puntos más difíciles de la doctrina, desenmascarando á la herejía y descubriendo y persiguiendo el error aun en sus antros más escondidos; ora trazando sobre el papel en el retiro 'de su celda inmortales conceptos, que darán materia de meditación á los hombres de todos los siglos, ora riñendo descomunales batallas con varones funestos, que á favor del prestigio, que debían á su fácil y seductora palabra, sembraban perversas teorías; unas veces instruyendo á sus hijos con sabrosísimas pláticas llenas del espíritu de Dios, y otras levantando á los pueblos con arengas entusiastas y obligándolos á tomar las armas para reconquistar el sepulcro de Cristo; unos días orando y cantando las divinas alabanzas con sus hermanos, y otros haciendo milagros en medio del mundo, milagros tan estupendos como innegables?

Y lo que en el siglo XII nos asombra en san Bernardo, se produce en san Francisco de Asís y santo Domingo de Guzmán, las dos lumbreras del siglo XIII; y en el XVI en Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola y Javier, y en el XVII en Francisco de Sales y Vicente de .Paúl.

D. Bosco es uno de esos varones de Dios que de tarde en tarde se dejan ver; en cuyo sensible corazón encuentran eco todos los dolores de la humanidad, todos los ayes de las almas y todas las angustias de la Iglesia, y que compasivos y generosos como san Pablo, se afanan apremiados de la caridad por acudir á todas partes, multiplicándose y deshaciéndose y desbaratándose cuando multiplicarse no pueden.

El espíritu de D. Rosco retrátase perfectamente en estas palabras de una de las cartas por él dirigidas á los Cooperadores: «Atendríame al consejo de los que me instan para que no emprenda nuevas obras, pero á condición de que el demonio y sus seguidores suspendieran también sus trabajos de iniquidad. Mas como éstos hacen lo contrario, tampoco á mí me es

dado detenerme, y marchó adelante apoyado en la Providencia y en vuestra caridad.»

La más notable entre todas las creaciones de Don Bosco es la Congregación Salesiana.

Desde los comienzos de su vida sacerdotal el venerable fundador pudo comprender cuál era la más apremiante, ó á lo menos una de las más apremiantes necesidades de nuestra desdichada época. Frecuentando las cárceles, y estudiando la historia de los muchos criminales en ellas encerrados, hubo de adquirir el convencimiento práctico de que la mayor parte de los delitos procedían de la educación viciosa ó abandonada de sus desventurados autores. Niños que criados á merced de sí mismos, faltos de toda instrucción y hasta de ideas religiosas, sintieron nacer en su alma las malas pasiones sin oponerles dique; que crecieron en el pecado y llegaron á ser maduros en el vicio cuando fueron ya hombres; ved aquí lo que D. Bosco encontró en los establecimientos penales de Turín y de otras ciudades de Italia. Entonces con más claridad que nunca vió lo que ya de antemano sabía; esto es, que las leyes mejor concebidas y más fielmente aplicadas son impotentes, ó por lo menos no bastan para impedir el crimen; y que si las costumbres populares han de reformarse, menester es que las cosas se tomen de más lejos, trabajándose con ardor en la educación cristiana del niño, única que tiene poder para matar los desordenados instintos del corazón, y desenvolver ó desarrollar los gérmenes de bien que en él ha puesto y pone la mano bondadosa de Dios. Entonces se persuadió íntimamente de que merecería bien de la Religión y de la patria, y prestaría inapreciable servicio en la Iglesia y á la sociedad, el hombre generoso que fijando sus caritativas miradas en esas muchedumbres de rapaces desvalidos abandonados que pululan en los grandes centros de población, los recogiese, los instruyera, les hiciese conocer á Dios, despertase en ellos el sentimiento (le la propia dignidad, y por estos caminos transformase los pobladores futuros de los presidios en ciudadanos de toda verdad católicos, y en tal concepto honrados y virtuosos, útiles á sí mismos, á la familia y al mundo. Entonces, en fin, fué cuando sintiéndose fuertemente inclinado á tomar sobre sí este difícil pero glorioso empeño, puso mano á la obra.

Mas cuando un éxito inesperado coronó sus esfuerzos, y D. Bosco se halló rodeado de innumerables jóvenes que le pedían el pan de la doctrina, y que buscaban en él las dulces consolaciones del amor, el hombre de Dios conoció que no podía llevar sobre sus espaldas tan enorme carga, y hubo menester auxiliares que viniesen en su ayuda.

Al principio sacerdotes llenos del espíritu de Dios, que no juzgaron rebajarse descendiendo, desde la altura en que los habían colocado su ciencia é su posición, á tratar con los niños más abyectos, identificándose en alguna manera con ellos, iban al Oratorio de San Francisco de Sales, y tomaban parte más ó menos activamente, según las circunstancias, en las santas tareas del varón de Dios.

Mas luego que la Obra de D. Bosco adquirió desarrollo y hubo pruebas de que el cielo la bendecía y quería que viviese, el santo Fundador se convenció de la imperiosa necesidad de formar una Congregación de hombres generosos, que velara por ella y la tuviese á su cargo. Ensayos repetidos, constantes estudios y meditaciones, oración, mucha oración, todo esto se empleó antes de dar á luz el plan del nuevo Instituto religioso, que debía aumentar el largo catálogo de los que del seno fecundo de la Iglesia han salido en la serie de las edades. Al fin las Reglas y Constituciones de la Congregación Salesiana aparecieron con el sello de lo bueno y de lo santo, esto es, probadas en el crisol de la experiencia, que acreditó sus excelentes resultados; y en 13 de abril de 1874 fueron definitivamente sancionadas y aprobadas por el inmortal Pío IX.

Componen ante todo la Congregación sacerdotes que la rigen y tienen principalmente á su cargo lo espiritual de la Obra. De entre ellos se nombran además de los Superiores provinciales y locales, los jefes de las Casas y establecimientos de enseñanza, y no sólo

cuidan de los niños y de los adultos que asisten á sus escuelas y talleres, sino que fomentan en los pueblos el culto y la piedad, ejercitándose en todos los ministerios sacerdotales, y siendo asíduos, como los hijos de san Felipe Neri, en el púlpito y en el confesonario, y como los del gran Camilo, en la asistencia de los moribundos.

Además de los Sacerdotes hay en la Congregación Salesiana hermanos legos, semejantes á los Coadjutores temporales de los Jesuitas, no sólo para el desempeño de los oficios materiales de la Casa, que quitarían á los sacerdotes, si en ellos hubieran de ocuparse, un tiempo precioso que les hace falta para más importantes negocios, sino también para la dirección de los talleres y- establecimientos agrícolas é industriales.

De unos y otros salen, porque el celo de D. Bosco no tiene límites, y ha señalado por patrimonio á sus hijos el orbe entero, los que en virtud de un llamamiento especial se dedican á las Misiones extranjeras.

En la Congregación Salesiana, tal como D. Bosco la ha constituido, no se conocen las rígidas austeridades á que se entregan los Capuchinos, los hijos de santa Teresa ó los Cartujos; ni la descalcen, ni la constante disciplina, ni las diarias vigiliass se prescriben á los Salesianos; pero el espíritu de abnegación se lleva hasta el último límite, en tal manera que para ellos todo es común, hasta la ropa interior con que se visten, no teniendo ninguno la suya propia.

San Francisco de Asís y santo Domingo de Guzman, aquellos dos grandes héroes que tanta gloria han dado á la Iglesia de Dios, después de fundar Congregaciones de varones, crearon otras, inspiradas en el mismo espíritu, para las mujeres. Era justo que éstas participasen de los beneficios á la otra mitad del género humano concedidos, y convenía por otro lado que la mujer contribuyese con las especialísimas dotes de corazón, de que la ha dotado el cielo, á la empresa confiada al hombre. Las comunidades de varones constituyeron la primera Orden franciscana y dominicana: las de hembras formaron la segunda. Imitador de ambos patriarcas D. Bosco, llamó también á las mujeres á participar de sus combates y de sus triunfos, y con este fin su palabra poderosa hizo surgir de la nada el Instituto apellidado de las «Hijas de María Auxiliadora».

No nos detendremos á referir sus principios y su historia, porque no lo permiten las proporciones de este opúsculo; pero sí diremos que el día 5 de agosto de 1872, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, quince animosas jóvenes recibían de manos del obispo de Acqui, en Mornese, linda población de Italia en la mencionada diócesis de Acqui, el hábito religioso, tomando el título ya indicado de Hijas de María Auxiliadora.

Una santa virgen, que con virtudes poco comunes había edificado á sus convecinos durante algunos años, María Mazzarello, fué puesta al frente de la nueva Congregación, la cual, bajo la dirección de esa criatura verdaderamente angélica, se propagó maravillosamente, fundándose en poco tiempo casas, asilos, escuelas, orfanatos, oratorios festivos, etc., en varias villas y ciudades de Lipiria, de Sicilia y de Francia.

Las Hijas de María Auxiliadora no sólo emularon la laboriosidad de sus hermanos los Salesianos, trabajando día y noche, y sin darse un punto de reposo, en la educación de la niñez desvalida, sino rivalizaron con ellos en heroísmo; y ya en 1878 partía para la América meridional una colonia, que fué seguida de otra y otra, para ayudar á los misioneros en sus apostólicas tareas. «Id, decía un piadoso sacerdote á las expedicionarias en el momento de abandonar la patria y de lanzarse al mar; id, que los Angeles de la América os esperan para que cuidéis de tantas almas confiadas á su custodia, y cooperéis con ellos á salvarlas y hacerlas eternamente dichosas. » Fieles á este encargo, las Hijas de María Auxiliadora hicieron prodigios de abnegación, de caridad y de celo en Buenos-Aires, en el Uruguay y en el centro de la misma Patagonia, no perdonando sacrificio ni esfuerzo, y prodigando hasta la

vida. Rendida al peso de tantos trabajos, sucumbía en 25 de septiembre de 1880, á la temprana edad de 22 años, dejando embalsamado el ambiente con el perfume de sus virtudes, Virginia Magone, primera flor que las Elijas de María Auxiliadora enviaban al cielo desde la tierra extranjera.

Faltaba sólo á D. Bosco, para ser perfecta copia del Patriarca de Asís y del Fundador de los Predicadores, instituir una Tercera Orden, y en efecto así lo ejecutó. Los cooperadores son, propiamente hablando, la Orden Tercera Salesiana. Hombres y mujeres de toda condición y de todo estado, con tal de que sientan en el corazón un poco de amor de Dios, pueden alistarse entre los cooperadores, los cuales con sus oraciones y limosnas, con su palabra y con su ejemplo coadyuvan á la Obra Salesiana, ora contribuyendo á los esplendorosos cultos que en sus iglesias tributa á Dios la Congregación; ora ayudando á sostener las casas, escuelas, talleres y establecimientos por aquellos erigidos; ora, en fin, socorriendo á los Misioneros para que vivan en las inhospitalarias tierras que evangelizan. Los cooperadores tienen un Reglamento aprobado por la Silla Apostólica, y son casi innumerables las indulgencias que la liberalidad del Soberano Pontífice les ha otorgado por los actos de piedad y caridad que practican.

Como si todo esto no fuera suficiente para absorber los pensamientos de un hombre, siquiera ese hombre tuviese una cabeza semejante á la de Aristóteles ó á la de santo Tomás, D. Bosco todavía ideó una empresa nueva de celo.

Talento eminentemente práctico, el fundador de la Congregación Salesiana no pudo menos de fijarse en un hecho tristísimo, que ocurre en Italia, que se reproduce en Francia, y se repite también en España, hecho que pasa desapercibido para los espíritus ligeros, pero que constituye un peligro gravísimo para la piedad en lo porvenir; nos referimos á la disminución de las vocaciones eclesiásticas, ó mejor dicho, al gran número de vocaciones eclesiásticas que en estos nuestros días abortan por efecto de mil causas diversas.

Ama D. Bosco demasiado á la Iglesia, y se interesa harto por las almas para permanecer impassible ante un mal de tan incalculable trascendencia; por eso, después de maduro examen, decidióse, movido del deseo de remediar aquel gran daño, á establecer la que llamó «Obra de María Auxiliadora» asociación ó congregación compuesta de tres clases ó categorías de miembros, titulados oferentes, corresponsales y bienhechores, y encaminada á promover y proteger las vocaciones eclesiásticas. Los medios de que la Asociación se vale para realizar su pensamiento son: 1.º La oración, porque Jesucristo encargó á sus discípulos que pidiesen á Dios enviara operarios á su viña; 2.º las limosnas ó socorros á los estudiantes pobres, porque, en efecto, muchos á causa de su escasez abandonan los Institutos en que seguían su carrera, y renuncian á ésta; 3.º la formación de patrimonio eclesiástico á los que carecen de medios, y no tienen otro título de ordenación; y 4.º la vigilancia sobre los jóvenes aspirantes al sacerdocio, á fin de evitar que los distraimientos mundanales ahoguen en ellos la voz de Dios y las inspiraciones de la gracia.

Esta obra, como no podía menos, fué calurosamente elogiada y aprobada por Pío IX, quien en 9 de mayo de 1876 otorgó especiales favores, gracias é indulgencias á los que tomaran parte en ella.

Y no decimos más, por no traspasar los límites, que nos hemos trazado. Parécenos suficiente lo expuesto para que se forme idea de las partes que la obra de D. Bosco abraza, y vamos á decir' algo ahora sobre su prodigiosa extensión y maravilloso vuelo.

Hay llores que nacen en la soledad, en la soledad crecen y viven, y en la soledad mueren, sin que admire su belleza, ni perciba su delicada fragancia más que algún viajero que acierte

casualmente á pasar por el lugar en donde lucían ellas sus magníficas galas.

Hay piedras preciosas, guardadas en los estuches de rico señor que mora en apartada villa ó en humilde aldea, las cuales apenas son vistas, ó lo son de muy pocas personas, que no saben siquiera avalorar su mérito.

Hay soberbios palacios, verdaderas joyas por su estructura arquitectónica, y á la vez por los primorosos objetos de gran valor, que opulento propietario acumuló allí; museos artísticos, suntuosas moradas, donde el buen gusto y la riqueza rivalizan; pero que se alzan ó entre las abruptas peñas de áspera montaña, ó en las profundidades de remoto valle por lo que ni los amantes del honesto recreo ni los entusiastas de lo bello pueden disfrutarlo. Y en cambio hay flores que se levantan erguidas como reinas en los jardines de ilustre príncipe, ostentando sus primores; hay joyas que dama nobilísima luce, como su máspreciado ornamento, arrebatando la pública admiración, y hay palacios que situados en el centro de renombrada capital, son de todo el mundo celebrados por su belleza y magnificencia.

A este modo hay instituciones de toda clase, que pasan sin dejar apenas un vestigio, una huella por donde pueda adivinarse que existieron, y otras que no sólo viven, sino que se propagan portentosamente, ganándose el respeto y el amor, aun de los más indiferentes, y hasta, si á asuntos de piedad y celo se refieren, de los enemigos de Dios y de su Iglesia.

La obra de D. Bosco, no necesitamos decirlo, es de estas últimas. Flor que hace gala de su lozanía en el campo católico, brillando en medio de muchas otras; piedra preciosa, no guardada ó escondida, alcázar de la caridad, que se eleva á grande altura, vive hace años; siempre avanzando, y tiene trazas de seguir viviendo largos siglos y de atraer como hoy las miradas de todos los que saben apreciar lo bueno, lo santo, lo heroico.

No poseemos una estadística completa de la Congregación Salesiana, ni aun sabemos si existe; mas bajo la fe de escritores dignos de entero crédito, podemos afirmar sin incurrir en la nota de exagerados, que á estas horas cuenta más de ciento ochenta establecimientos, y educa sobre doscientos mil jóvenes.

Los establecimientos son de varias clases. En Turín, que puede llamarse la patria de la Congregación, como es su centro, porque allí reside más de ordinario D. Bosco, los Salesianos tienen magníficos talleres, en los que se enseñan y se ejercen todas las artes y oficios, siendo merecedoras de especial mención una gran fábrica de papel, que lo produce en crecidas cantidades, y una tipografía admirablemente montada, con prensas de vapor y todos los adelantos de la época, donde se imprimen obras en diversas lenguas, no sólo vivas como la italiana y francesa, sino aun muertas, como la latina y la griega. Tenemos á la vista una hermosa edición de la interesante leyenda del cardenal Wissemann, intitulada *Fabiola*, hecha en la tipografía salesiana de Turín, la cual por la elegancia de los tipos, la limpieza de la impresión, la perfección y belleza de los grabados, y aun la calidad del papel, producto también de la fábrica salesiana, es digna de competir con las mejores. Sabemos asimismo que en los momentos presentes la mencionada tipografía de Turín se apresta á publicar el Breviario romano, haciendo de él una edición, que ni por lo correcto, ni por lo completo, ni por sus demás condiciones dejará que desear, igualando, ó aun aventajando, á las que tan justo renombre han dado á la casa Dessain de Malinas.

En varios puntos los Salesianos tienen colonias agrícolas de grande importancia: tales son las de Mogliano en el Veneto, de Saint-Cyr en el Var, y la llamada Navarra junto á Hyeres.

En muchas poblaciones poseen orfanatos, en los que se ve á los hijos de D. Bosco, constituyéndose en padres, y padres llenos de solícita ternura, de los desventurados seres, á quienes la muerte arrebató los autores de sus días; y en fin, donde quiera que han puesto el pie aquellos héroes de la caridad, han aparecido luego colegios y escuelas, en que los

jóvenes aprenden letras y piedad á un tiempo, es decir, lo que forma la cultura verdadera del entendimiento y del corazón.

La Obra Salesiana, aunque nacida en Italia, y compuesta principalmente de hijos de aquella hermosa tierra, no es una institución italiana propiamente dicha, es una institución católica. Lo que D. Bosco ha creado, no lo ha creado sólo para sus compatriotas, sino para el mundo entero. El celo del hombre de Dios, encontrándose como estrechado y oprimido dentro de los límites de un solo pueblo, ha salvado los montes, ha atravesado los mares, ha llegado á los postreros confines del globo, y hoy D. Bosco tiene casas en todas las comarcas de Italia, en varios puntos de Francia, en España, etc. Ahora mismo acaba de fundarse entre nosotros la de Barcelona, que esperamos será con el tiempo uno de los mejores establecimientos de los Salesianos no sólo en nuestra patria sino en el mundo. Las riquezas de la capital de Cataluña, el carácter de sus habitantes por naturaleza activos y emprendedores, el vuelo que allí tiene la industria, y aun las aficiones que á los catalanes distinguen, hácenos pensarlo así. Estamos casi ciertos de que no nos engañamos (1).

-
- (1) En efecto, no augurábamos mal. Desde que se escribieron las anteriores líneas hasta este momento han transcurrido pocos meses, tres ó cuatro, y los Talleres Salesianos, que este título tiene la nueva fundación, producen ya admirables frutos. Cincuenta aprendices se amaestran en ellos, enseñándoseles diversos oficios, y nos consta que los barceloneses se muestran satisfechos de lo que en el referido establecimiento se hace, coadyuvando á la Obra con abundantes recursos.
-

Al otro lado de los mares, en el mediodía de la América, también los Salesianos han hecho importantes trabajos, y según nuestros informes, á esta fecha pasan de treinta y cuatro los establecimientos que allí tienen. El Obispo de San Sebastián de Río Janeiro, D. Pedro María de la Cerda, se ha declarado su protector, habiendo dirigido á sus diocesanos en el pasado año de 1883 una hermosa carta pastoral, en la que hace el elogio de D. Bosco, de quien se muestra admirador entusiasta á la vez que amante apasionado de la Obra Salesiana.

Pero ¿cuándo y cómo fueron los Salesianos á la América? ¿qué hacen en aquellas apartadas comarcas? La respuesta á estas preguntas podría suministrar materia para un extenso y curioso libro, en el que hallaría, á no dudarlo, el que lo leyese, rasgos tierna mente conmovedores, que le harían derramar lágrimas, y hechos heroicos, que le obligarían á saltar de entusiasmo, convenciéndolo de que aun en esta época nuestra de descreimiento y de rebajamiento de caracteres, no se ha extinguido todavía la raza de los héroes.

Nosotros no podemos extendernos sobre estos tan importantes puntos, pues no debemos olvidar que escribimos un ligero folleto, no un libro; pero no quedaría cumplido nuestro propósito de dar á conocer á D. Bosco y su Obra, si no habláramos algo sobre las proezas de los Salesianos en el Nuevo Mundo.

Hay en las extremidades meridionales del vasto continente, descubierto por Cristóbal Colón, dilatadísimas comarcas, aun no exploradas por los europeos, entre las cuales se cuentan el país llamado de los Pampas, la Patagonia propiamente dicha, y la tierra denominada del Fuego.

Todo en esas regiones, y muy particularmente en la Patagonia, contribuía á hacer difícil la exploración del terreno, y mucho más aun la evangelización de las gentes que lo poblaban.

Dividido el suelo de la Patagonia por una cadena de montañas, las Cordilleras, prolongación de los Andes, que atraviesan toda la América de Norte á Sur, en dos vertientes, la una Occidental, que llega hasta las costas del Pacífico, y la otra Oriental, que confina con

el Atlántico, presenta á la vista del observador aspecto variadísimo. Por un lado rocas abruptas, picos gigantescos, cubiertos de nieve perpetuamente, sendas escarpadas y ásperas, apenas transitables, bosques y selvas espesas de un color negruzco; por el lado opuesto extensas llanuras, áridas ó con pobrísima vegetación, lagos salados, y siempre y en donde quiera despoblación y muerte. A lo ingrato del suelo júntase lo desahagible del clima. La cercanía del polo antártico y otras causas, que no nos toca enumerar, hacen que en la Patagonia jamás haya verano; pues en los dos ó tres meses que dura allí la estación á que dan ese nombre, nunca sube el termómetro de cuatro á cinco grados; y que en cambio se experimente un frío-glacial, sucediéndose casi sin interrupción lluvias torrenciales, tempestades horribles y multitud de fenómenos meteorológicos aterradores. Como si todo esto no fuera bastante, la índole de las gentes, que recorren, más bien que habitan, la montaña y el llano es tal, que por muchos años se les creyó irreducibles é ingobernables. Salvajes como el terreno que pisan, sus instintos son los de las fieras, y en su mayoría sin morada permanente, andan de un sitio á otro, alimentándose del pillaje, y no teniendo forma alguna de civilización.

Conocida era la Patagonia, como la tierra de los Pampas y la del Fuego desde los tiempos de Magallanes, descubridor del estrecho de su nombre; el atrevido navegante fué quien dió la denominación de Patagones (pata de oso) á aquellos salvajes, y desde luego se comprenderá que la caridad católica no pudo dejarlos muchos días en abandono. El celo de las almas, que llevó á los Jesuitas al Paraguay, moviéndoles á fundar las famosas Reducciones, cuya organización será un eterno monumento de gloria para la Compañía de Jesús y el Catolicismo que la inspiró, así como su ruina un padrón de ignominia para la edad moderna, ese celo generoso, noble, ardiente, que vive siempre y nunca muere en la Iglesia católica, empujó á esclarecidos varones, y les obligó á internarse, subiendo las corrientes del Río Negro, en el territorio patagónico. Algunas colonias se fundaron en las riberas del gran Río, merced á la poderosa iniciativa de los españoles; pero todos los esfuerzos por atraer á los salvajes fueron inútiles, contribuyendo quizá á ello algo el que los gobernadores ó jefes de las colonias no siempre usaron con los pobres indios una hábil política, ó mejor dicho, una política sostenida, animada y vivificada por la caridad. El hecho es que la Patagonia permanecía en los comienzos y en la mitad del siglo XIX en su estado de plena barbarie, sin conocer á Dios y sin amarlo.

D. Bosco se levantó un día con el pensamiento de emprender la conversión de aquellas tribus : marchó á Roma sin dilación, porque la caridad no se aviene con los largos aplazamientos; trató el asunto con el eminentísimo Cardenal Prefecto de la Congregación de la Propaganda, el cual aprobó la idea, y el 1.º de noviembre de 1875 abandonaba la bella Italia para buscar almas en las apartadas regiones de la América Meridional la primera expedición salesiana. El presbítero de la Congregación D. Juan Cagliari lo capitaneaba, y aunque se les abría delante un camino erizado de dificultades y peligros, todos iban animosos y contentos, porque llevaban la bendición de Pío IX.

A esta primera expedición no tardó en seguir otra, y luego otra y otras; de suerte que la Congregación Salesiana llegó á tener en Patagonia nada menos que 130 misioneros.

Lo primero que los Salesianos hicieron en el Nuevo Mundo fué erigir casa de educación en el Uruguay y en la República Argentina, esto es, en los confines de la Patagonia, medida altamente previsora, y que servía poderosamente para asegurar el éxito de la Misión, proporcionando á los misioneros asilos seguros, á donde pudieran replegarse, si sus primeras tentativas no daban resultado, y esperar más oportuna coyuntura en tal caso para emprenderlas de nuevo.

Después, con un aliento que sólo la gracia puede comunicar, intentaron subir el Río Negro,

y en los antiguos establecimientos titulados : Carmen, pintoresca colonia situada en la margen izquierda; Mercedes, que se halla en frente; la Guardia, más cercano ya á la gran cadena de los Andes; ChocleChocle, isla que se alza en medio de la corriente, etc., etc., fueron fijando su bandera, no sin hacer excursiones siempre que las circunstancias lo permitieron hacia el centro del país. «Tengo el caballo preparado para partir, escribía D. Fagnano á D. Bosco en abril de 1881, porque me propongo evangelizar la tribu de Catriel, y cuando llegue Mayo me internaré más en la Patagonia, yendo á buscar en las riberas del lago Nahuel-Huapi dos mil indios, que allí habitan en plena barbarie.»

Las dos excursiones se realizaron y otras varias, siendo su dichoso resultado que á estas horas lleven ya bautizados los Salesianos más de 13,800 salvajes.

Y damos aquí punto con pena á este interesante relato, porque creemos que para nuestro intento basta lo dicho, y que hemos dado á conocer la Obra de D. Bosco en sus comienzos, en sus partes todas y en su prodigiosa extensión.

Nuestros lectores habrán formado sobre ella ya su juicio; pero no nos juzgamos por eso dispensados de emitir el nuestro. Este será el tema de la tercera y última parte de nuestro trabajo.

CAPÍTULO III

¿Qué vale la Obra Salesiana?

Departía amistosamente no hace mucho tiempo nuestro santísimo Padre León XIII con algunos Cardenales y Prelados de los que suelen rodearle, y sin saberse cómo ni por qué, rodando la conversación, vino á girar sobre D. Bosco y su Obra, emitiendo cada uno de los circunstantes su parecer. Cuando los presentes hubieron dicho lo que estimaron oportuno, León XIII tomó la palabra, mostrándose en sus razones pensador como siempre y filósofo profundo. «La Obra de D. Bosco, dijo, es á no dudarlo extraordinaria; excede á las fuerzas humanas, pues no se concibe que un hombre solo, desprovisto de Medios materiales, un sacerdote pobre y humilde, haya podido hacer en breve tiempo, que breve tiempo son treinta ó cuarenta años, las maravillas que asombradas contemplan Europa y América. Ahora bien, .continuaba el Papa con su lógica irresistible, lo sobrehumano ha de ser necesariamente ó diabólico ó divino, y sus tendencias y resultados manifiestan clarísimamente si es lo uno ó lo otro. Lo que tiende á propagar y afirmar el reinado de la soberbia, no puede calificarse sino de diabólico; así lo es la Revolución y sus falsos milagros. Lo que por la inversa se dirige á extender y consolidar en el mundo el imperio de la humildad y de la caridad, ó sea, la soberanía de Dios, debe llamarse divino. El dedo del Altísimo se descubre por lo mismo patentemente en la Obra Salesiana, toda vez que su fin es Cristo, su regla Cristo, y Cristo el arma con .que lucha, que va sembrando por donde quiera abnegación, mortificación y amor; y que trabaja por la causa de Dios, y no por los intereses terrenos del hombre.»

Esta bella anécdota, de cuya veracidad no podemos dudar, porque persona merecedora de entera fe nos la ha referido, da la clave segura para apreciar en su justo valor la Obra Salesiana. Por nuestra parte no haremos otra cosa que desenvolver el argumento contenido en el incontestable razonamiento de León XIII.

Hacer obras grandes con medios proporcionados, cosa es loable y frecuentemente digna de admiración; pero que aun así y todo no sale 'de los límites de lo natural y de lo humano.

Hazaña memorable fué la de Milcíades cuando en los campos de Maratón derrotó el ejército persa enviado por Darío á Grecia con expresa orden de convertir en ruinas á Atenas. El entusiasmo de los atenienses fué extraordinario. Los mármoles fijados en aquella llanura para perpetuo recuerdo de la victoria; la estatua de Némesis, construida por Fidias y

colocada junto á la plaza pública; el cuadro de Polignoto, en que aparecía Milcíades al frente de las tropas y animándolas con su ademán y con su ejemplo, testimonio son elocuente de que los atenienses no desconocían lo que debían á Milcíades, y que sabían dar valor al heroísmo de este caudillo.

Temístocles, desbaratando en el apostadero de Salamina con 180 buques, los 1,300 bajeles que componían la formidable armada de Jerjes; y Cimón venciendo más tarde y derrotando las fuerzas del mismo Jerjes, primero en combate naval librado sobre las aguas del Eurimedonte, después en campal batalla en las riberas del mismo río, hiciéronse inmortales.

El mundo antiguo aplaudió entusiasmado el hecho de Jenofonte, al rehusar después de la muerte de Ciro rendir las armas, y al emprender desde el centro del Asia la vuelta á la patria con sus diez mil griegos.

Pero las proezas de Milcíades y de Temístocles, de Cimón y de Jenofonte revelan la grandeza de ánimo de aquellos atrevidos capitanes, su indómita bravura, el genio guerrero de que estaban dotados, en una palabra, las prendas, raras por cierto, con que Dios los enriqueció, pero prendas que al fin y á la postre no salen de la esfera de lo humano, de lo natural.

Mas llevar á cabo empresas colosales sin medios de ningún género, ó con medios que no se hallan en relación con la magnitud de los designios, no es ya sólo grande, no es únicamente maravilloso; es portentoso, es obra que sale no del orden común y corriente, sino del natural; es lo que con palabra muy apropiada se denomina sobrehumano.

Y ved aquí puntualmente el carácter de la Institución fundada por D. Bosco.

No era éste rico: aunque su familia, como hemos expresado en otro lugar, no vivía miserable, distaba mucho de nadar en la opulencia, siendo su condición la de uno de una modestísima medianía.

No sólo no era rica la familia de D. Bosco; además carecía de influencia y relaciones, lo cual era resultado, pudiéramos decir, necesario de su situación económica, pues es harto sabido, que lo que hoy da prestigio y valer en el mundo es el dinero; en tal manera que ha venido á ser sentencia con visos de proverbio esta: "Tanto vales cuanto tienes." Era también esa carencia de relaciones é influjo, consecuencia de la calidad del pueblo donde radicaba el hogar paterno de D. Bosco, humilde población de corto vecindario, y no muy visitada de la gente grande, por no haber allí ni monumentos artísticos, dignos de estudio, ni establecimientos industriales de mayor y menor importancia, ni un comercio activo.

Faltaban, pues, á D. Bosco, no hay duda, los elementos materiales indispensables para acometer cualquier empresa. Aun los que él pudo proporcionarse, la Providencia ponía empeño en quitárselos. En los comienzos de su vida sacerdotal diósele el encargo de dirigir el pequeño hospicio de Santa Filomena, á lo que iba anejo el trabajar en el bien espiritual de las jóvenes doncellas, que una dama ilustre, la Marquesa Barolo, había recogido en su asilo ó casa cercana al hospicio. Entonces contaba D. Bosco con algunos, aunque cortos, recursos, recibiendo para dedicarlo á la caridad el estipendio de sus funciones ministeriales; además, la protección de la Marquesa le valía algo, pues el nombre de tan distinguida señora, que no sólo por su rango sino por su piedad, gozaba de la general estima, servía como de escudo á la persona que cubría con su sombra.

Pero cuando menos se pensaba, todo esto se acabó. La Marquesa se dejó engañar por los rumores que sobre el estado de las facultades mentales de D. Bosco circulaban, y temerosa de que este hombre con sus aparentes, pero para la Marquesa reales locuras, comprometiese el éxito de las obras caritativas á cuyo frente estaba, le despidió bonitamente.

Puede calcularse el efecto que en el público debía producir este acto inesperado de la

Marquesa Barolo. Si la protección, si la sola sombra de esta insigne dama era una garantía para D. Bosco, un como salvoconducto, que le abría muchas puertas, su brusca despedida debía cerrárselas, infundiendo sospechas serias, ya que no acerca de las puras costumbres y rectas intenciones del hombre de Dios, á lo menos sobre el estado de su cerebro.

D. Bosco sintió el contratiempo, y lo sintió mucho; pero permaneció sereno. Sabía aquella sentencia de la Escritura: *Maledictus homo qui confidit in homine, et ponit carnem brachium, suum*: «Maldito el hombre que confía en otro hombre, y pone su apoyo en la carne,» y sacaba toda su fuerza de Dios, por lo cual si sus amigos se le tornaban contrarios, ó si se retiraban sus favorecedores, jamás caía de ánimo.

Sin embargo, hubo en la vida de D. Bosco una hora tremenda, en la que pareció que el santo varón debía abandonarlo todo. La prudencia humana, según sus ordinarias reglas y las normas de que en sus juicios se sirve, no hubiera tenido por acertado otro partido. Ya hemos hablado de la gravísima enfermedad que á D. Bosco acarrearón tantos afanes y tan no interrumpidas tareas. Por una especie de milagro volvió á vivir; y todos esperaban que saldría del lecho curado de las manías ó locuras de su celo, y con el pensamiento de renunciar á los antiguos trabajos, toda vez que los hombres se declaraban en su contra, y que Dios también, á juzgar por los hechos, apoyaba las ideas de los hombres.

Pero no: apenas convaleciente de la dolencia que le había tenido entre la tierra y el cielo, entre la vida y la muerte, D. Bosco regresó á Turín—habíase marchado para reponerse á la tierra natal—con ánimo de consagrarse de nuevo á sus queridos é inolvidables jóvenes; y esta vez no iba solo, acompañábale una mujer, ya de alguna edad, Margarita, su buena madre, la que movida, no del natural amor, que le hacía desear no separarse de su hijo. sino de un impulso vivo de la gracia, se lanzó por las vías de la caridad á banderas desplegadas.

Fué espectáculo digno en verdad de admiración, el que se ofreció á la vista de los Angeles y de los hombres el día 3 de noviembre de 1846. Un modesto sacerdote, de nobles y distinguidas maneras, en cuyo rostro se notan aún las huellas de prolongada y aguda enfermedad; y una mujer. de edad casi doble, pero todavía vigorosa y fuerte, caminan de Castelnuovo á Turín; ambos marchan á:pie, sin llevar consigo otras provisiones que la ropa precisa y las indispensables vituallas... Nadie les acompaña tampoco. Si alguno hubiera osado á preguntarles: ¿A dónde vais? ¿Qué os proponéis? habríanle respondido: No nos dirigimos á la hermosa ciudad del Po buscando pasatiempos y diversiones; no las queremos: no viajamos hacia la rica capital del Piamonte, para probar fortuna, y proporcionarnos modo de pasar bien la vida: el brillo de las riquezas no nos deslumbra. Vamos á recoger esos miserables niños vagabundos, que á todas horas andan por las calles y plazas, haciendo el aprendizaje del vicio; vamos á darles asilo, y á enseñarles á ser buenos hombres y buenos ciudadanos, siendo buenos católicos; vamos á arrancar sus almas de entre las garras de Satanás, y á restituirlos á Dios, y á devolverlos á la sociedad cambiados.

Al oír este extraño lenguaje, si á vosotros por acaso hubiera llegado tal respuesta, habríais soltado tremenda carcajada, y quizá á vuestro pesar, y sin poderos contener, exclamado: ¡Insensatos! aun hay quien padece la extraña monomanía de los antiguos caballeros andantes, desfacedores de entuertos y vengadores de agravios: aun no se ha extinguido la raza de los Alonso Quijano, que juzgándose en el delirio de su enfermiza imaginación, llamados á combatir la iniquidad y establecer el reinado de la justicia, embrazan la adarga y la lanza, y la emprenden con todo cuanto topan, sin reparar que son unos pobres diablos como el nunca bien ponderado caballero D. Quijote de la Mancha, prez y honra, según él se imaginaba, de la andante caballería.

D. Bosco, sin embargo, no se cuida del juicio humano, y dejando que cada uno piense de

sus intentos lo que quiera, marcha adelante, dispuesto á arrostrar trabajos, fatigas y sacrificios, que vendrán sin duda, y él prevé, porque no se le oculta la guerra que el mundo hace á todo lo que es verdaderamente bueno y grande.

No es posible leer sin conmoverse las escenas de que era teatro el pequeño Asilo de D. Bosco el año de 1848, durante aquellos días de dolorosa prueba, en que la Italia entera se agitaba.

Tenía á la sazón D. Bosco recogidos quince jóvenes, á los que daba comida y albergue, y cincuenta á los que sólo suministraba comida; y como los hijos de Italia no se acordaban entonces de otra cosa que de la guerra hecha al extranjero en nombre de la patria, faltaban recursos al hombre de Dios para sufragar tanto gasto. En tan apurado trance el hijo y la madre, D. Bosco y la buena Margarita, hicieron prodigios de caridad. No contentos con desprenderse de los últimos restos de su patrimonio ó caudal de familia, personalmente trabajaban el uno y la otra para que sus protegidos no careciesen á lo menos de lo necesario. D. Bosco acarrea agua, cortaba leña, encendía el fuego y ponía la mesa, no juzgándose rebajado en tomar á su cargo los oficios más repugnantes; y la buena Margarita, que en obsequio á la Obra se había deshecho, no sin sacrificio en verdad, hasta de su traje de boda, convertida en humildísima criada, aderezaba los manjares con que tantos infelices debían sustentarse.

Como se ve, pues, la empresá que sin medios acometió D. Bosco, y luchando con tantas dificultades había continuado, seguía experimentando contratiempos, y tropezando con obstáculos capaces de desanimar al más esforzado. Dícese que D. Bosco, al poner su Obra bajo el patrocinio de san Francisco de Sales, tuvo en cuenta además de las razones que en otro lugar hemos apuntado, la paciencia invicta del Obispo de Ginebra, como si presintiese los trabajos que le esperaban. Posible es, sin embargo, que aun cuando en confuso y entre sombras viese el ilustre Fundador las asperezas de la senda que debía atravesar, todavía no se formase exacta idea de las amarguras que devoraría. San Francisco de Asís, primera iglesia en que D. Bosco congrega á sus alumnos; el Refugio ó Asilo de Santa Filomena, á donde los lleva después; San Martín, San Pedro *ad Vincula*, la casa Moretha, el Prado; todos estos nombres señalan como las etapas del gran camino de Cruz, por él recorrido. Para sus discípulos creeríase que no hay lugar de reposo en el mundo: apenas plantan sus tiendas en un campo, vense obligados á levantarlas huyendo á establecerlas en otro; y como los Patriarcas ó los hebreos, mientras peregrinan por el desierto, viven errantes, sin que á ellos lleguen las perfumadas auras de la tierra prometida.

En tanto, marchando por entre escollos muchas veces, y siempre sin otros recursos que los de la Providencia, la Obra de D. Bosco crece, se desarrolla, adquiere las proporciones de un gigante, y pone, á manera del antiguo coloso de Rodas, una planta en el iSluido antiguo y otra en el Nuevo Mundo.

¿Se puede esto explicar humanamente? ¿Se comprende, sin apelar á la intervención de un poder superior, cómo un sacerdote pobre, humilde, sin influencia, sin la autoridad que dan las altas posiciones, ha podido concebir designios tan atrevidos, y llevarlos á término dichoso?

Quando se nos muestren hombres que sin oro, ni plata, ni preciosas piedras fabricaron diademas, coronas y magnificas joyas, ornamento de reyes y príncipes; quando se nos enseñen esbeltas y elegantes torres, construidas sin materiales de ningún género; quando se nos presenten bellas estatuas, modeladas por hábil. artista, que no tuvo á su disposición leño, márnaol, metal ó barro para trabajarlas, ni cincel, molde ú otro instrumento para darles forma, entonces creeremos que la Obra de D. Bosco es una obra meramente humana, fruto exclusivo del ingenio, de la industria y del poder del hombre.

Entre tanto que esto no acaezca, seguiremos afirmando en voz muy alta que es una obra, no ya extraordinaria, no ya simplemente maravillosa, sino sobrehumana en todo el rigor de la voz, como con juicio rectísimo y palabra apropiada la apellidó el varón de superior inteligencia, que se sienta hoy en la Cátedra de san Pedro.

II

Muchos en número y muy graves por su calidad són los errores á que esta desdichada época nuestra rinde culto; pero bien puede asegurarse que es entre todos el más generalizado y el de consecuencias más trascendentales el Naturalismo, cuyo pernicioso influjo se deja sentir en todas partes: en la ciencia, en el arte, en los hábitos, en las instituciones, en cuanto forma la vida del hombre. Mas á pesar (¡el clamar continuo de nuestros sabios, que en todos los tonos repiten incesantemente: .Nuestros padres fueron unos insensatos; no hay nada más allá de lo que vemos con nuestros ojos y de lo que alcanzamos con la razón; esos misterios del mundo invisible, que eran el terror y el encanto de nuestros mayores, no merecen otro nombre que el de ensueños de imaginaciones calenturientas;” á pesar, decimos, de que esto se predica en mil formas á las clases cultas y al vulgo necio, el inundo sigue unánime diciendo: “Lo sobrenatural existe.”

Y no hay sabiduría, ni elocuencia; no hay talento, ni esfuerzo, por potente que se le suponga, capaces de arrancar del mundo esta creencia, tan antigua como los siglos, y tan universal como la necesidad de amar, sentida por todos los hombres.

Si á fuerza de oír decir á personas en la apariencia instruidas, que los milagros son una superchería; los vaticinios proféticos una amañada combinación de misteriosas palabras, susceptibles de cuantas interpretaciones se les quiera dar; los dogmas invención de hombres, y la moral cristiana un yugo fabricado por sacerdotes ambiciosos con el solo intento de dominar las conciencias; los pueblos en un momento de alucinación se alejan de la Iglesia para lanzarse por las vías de la impiedad, la reacción viene luego, y los incrédulos de ayer no tardan en arrojarse en brazos de la superstición, natural sucesora de la fe cristiana, según aquella sentencia, aquel axioma filosófico é histórico de Novalis: “Donde no hay Dios reinan los espectros.”

Un hombre ilustre, gloria de la España moderna, según confesión de todos los críticos imparciales, así amigos como adversarios, Donoso Cortés, con ese modo de hablar exclusivamente propio suyo, ha dicho que lo sobrenatural es como la atmósfera, que envuelve y da vida á lo natural. Y en efecto, los dos mundos, el mundo de la naturaleza y el de la gracia, si bien distintos entre sí, dados los designios de Dios en la creación, se suponen mutuamente, se compenetran y se relacionan como el principio y la consecuencia, viviendo el uno para el otro; idea no nueva, ni oída por primera vez en la tierra, cuando apareció el Cristianismo, sino antes muy antigua, pues ninguno, si ha saludado la historia, ignora que las naciones paganas, sin excepción, creyeron siempre en genios maléficos, á los que atribuían la mayor parte de sus infortunios, y genios buenos, á quienes estimaban autores de sus prósperos sucesos; creencias que eran recuerdos de la revelación primitiva, más ó menos desfigurados en el transcurso de las edades por la imaginación popular.

De estas doctrinas se desprende una consecuencia que nos importó sentar, á saber: que cuando nos hallamos en presencia de hechos perfectamente comprobados, pero superiores al alcance de las fuerzas humanas, debemos necesariamente suponer que en ellos ha intervenido una potencia sobrenatural, la cual puede ser ó Dios y sus Angeles, ó Satanás y sus ministros; que aunque Satanás gime bajo el peso del anatema fulminado contra él por el Eterno, y *su* solio fué por el fuerte brazo de Cristo derrocado, quédale todavía un poder harto extenso, del que hace uso en daño nuestro y de todo lo que directa ó indirectamente nos

toca.

Para distinguir si un hecho es obra del poder vino ó del poder del infierno, poseemos una preciosa regla, un criterio infalible, que nos ha sido dado por el mismo Jesucristo: *Omnis arbor bona fructus bonos facit, mala autem arbor malos fructus facit* (Matth. VII, 17): "Todo árbol bueno da frutos buenos; todo árbol malo da frutos malos."

Ahora bien, ¿á cuál de estas dos clases pertenece el árbol frondoso plantado por la mano de D. Bosco?

Examinemos sus frutos.

El primero de ellos, el más tangible, el que se ve más y mejor, es ese ejército de jóvenes por el ilustre Fundador de la Congregación Salesiana formado y disciplinado, ejército de creyentes que lleva el nombre de Dios escrito en su bandera, y que pelea con dos armas principales: la oración y el trabajo. La transformación, realizada por D. Bosco en esos jóvenes, no puede ser más admirable; de niños vagabundos, destinados, según todas las apariencias, á vivir la vida del vicio, y muchos la del crimen, ha hecho hombres laboriosos, convirtiendo á los unos en obreros inteligentes, en industriales activos á otros, y aun á algunos en pundonorosos militares, hábiles artistas y literatos distinguidos; y á todos. en ciudadanos honrados, cumplidores fieles de las. leyes, y en varones de fe, siempre dispuestos á sacrificarse para la causa de Dios y de la Iglesia.

Y de la verdad de nuestros asertos son irrecusable prueba hechos á millares, que nos sería por extremo fácil recoger y consignar aquí.

Transitaba un día D. Bosco por cierta calle de Roma, cuando un coronel, que por ella pasaba al mismo tiempo, se detuvo, y mirándole con fijeza, le interpelló en esta forma: "Señor abate, ¿no sois Don .Bosco?" D. Bosco, un poco receloso al principio, no. quiso contestar directamente á la pregunta; mas el militar insistió, y no. pudiendo ya el sacerdote ocultar su nombre, respondió: «Lo soy.» El coronel se arrojó entonces á sus pies, cogióle con efusión las manos, y besándoselas, repetía visiblemente conmovido: «Padre mío, Padre.mío.»

Era uno de los huérfanos acogidos por D. Bosco, que al salir de la Escuela fué llamado al servicio de las armas, y subiendo, merced á la instrucción que entre los Salesianos había recibido, los varios grados de la milicia, llegó á obtener el empleo de coronel.

Este y otros hechos análogos, que citaríamos, si fuese necesario, demuestran el bien dispensado por D. Bosco á sus alumnos; pero lo prueba aún mejor que :todo cuanto pudiera decirse, la circunstancia por extremo significativa de que entre tantos millares de jóvenes, ninguno desde la fundación de la Obra Salesiana, ha sido perseguido ni condenado judicialmente.

No fueron sólo los discípulos de D. Bosco los que recibieron sus beneficios; por sus queridos alumnos nos ha hecho sentir el piadoso sacerdote su influencia en la familia, en el taller, en las ciudades y en la Italia entera.

No se estima hoy desgraciadamente la fe en lo que vale; pero en realidad es el tesoro de más precio que una nación puede poseer.

Un pueblo sin ciencia, sin artes, sin historia vive triste, no hay duda, como esas tribus que andan errantes por el desierto, rota la cadena que las ligaba á las edades pasadas, y separadas por el valladar de la barbarie de las demás sociedades humanas.

Pero si ese pueblo posee la fe verdadera, en medio de su soledad, á pesar de su aislamiento, gozará de un bienestar real; y muy pronto, porque todos los bienes con la fe se logran, se habrá creado una. historia gloriosa, tendrá artes y aun ciencias, y habrás formado una verdadera civilización.

Por el contrario, el pueblo más culto del mundo, cubierto de obeliscos y de pirámides y de estatuas, sembrado de magníficos palacios, dotado de liceos, ateneos, bibliotecas y todos

los establecimientos científicos imaginables, envuelto en la perfumada atmósfera del placer, sino conoce á Dios será infeliz; y al salir de sus festines, y al abandonar los teatros, y después de escuchar las lecciones de los filósofos, los hijos de ese pueblo se preguntarán con el alma desolada: ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde encontraremos el bien? ¿Qué es y á donde habita la felicidad? Sus artes, sus riquezas, sus glorias se desvanecerán cuando menos se piense como el humo, y de tanta grandeza no quedarán sino dolorosas ruinas.

No se quiere hoy dar crédito á estas amargas verdades, y á los que tal lenguaje osan hablar apellídaseles profetas de muerte, vaticinadores falsos de catástrofes imaginarias. Con este mismo nombre se designaba, y en la propia forma se entregaba á la pública vergüenza, en Israel á aquellos esforzados varones, suscitados para predecir los castigos que Dios se aprestaba á enviar sobre su nación querida en pena de la infidelidad é ingratitude de que se hacía culpable. Pero los acontecimientos venían muy luego á justificarlos.

No otra cosa acaecerá hoy. Si la Europa cristiana no retrocede en su camino; si continúa atacando despiadadamente á la Iglesia y á su más elevada personificación, el Romano Pontífice; si logra otra vez sepultar el Cristianismo en las catacumbas, robándole el aire respirable, los días de Claudio y de Nerón volverán á lucir con sus siniestros resplandores, bien que de otra manera, y las vías férreas, de que tanto nos gloriamos, y los telégrafos, y los vapores, y todos los inventos y todos los adelantos de esta decantada civilización moderna, servirán sólo para hacer más sangrientas y desoladoras las catástrofes que sobrevendrán.

Afirmar la fe en los pueblos, extenderla, propagarla, trabajar para que penetre en todas partes es la obra más grande que se puede acometer; pero á ella no prestará nunca su concurso Satanás: sólo del cielo puede venir el auxilio necesario para llevarla á cabo. Por eso decimos que Dios está con D. Bosco.

Ha hecho éste aún más: débesele una creación: la creación del Salesiano.

El Salesiano no es el Jesuita, soldado, por así decirlo, del escuadrón sagrado, ó sea, de la milicia escogida que la Iglesia destaca contra sus enemigos más fieros, y principalmente contra este mundo moderno, tan lleno de soberbia, tan engreído de su ciencia y de su valer: no es el Capuchino, el fraile más popular entre todos los frailes, con sus austeridades y rigores, con su menosprecio de los bienes terrenales, y esa absoluta desnudez interior y exterior, que pone espanto; no es el hijo de Benito, que mora en las soledades y pasa la vida entre el estudio, el canto de las divinas alabanzas y el cultivo de la tierra; no es el discípulo de José de Calasanz, bienhechor en alto grado, benemérito de la Iglesia y de la sociedad, pero consagrado á una sola tarea; no es... nada de eso.

El Salesiano es el hombre de la abnegación y de la humildad, que vive muerto sin pensar que lo es' tá, que hace el bien creyendo que no hace nada, que se sacrifica sin acordarse de ello y aun casi ignorándolo, y que venido á la hora postrera, se estima el último entre los servidores de la Iglesia. Va allí donde le mandan; toma las cosas y las acepta como se las dan, y fabrica su nido lo mismo entre las floridas ramas de árbol frondoso, que en la piedra más saliente de tosca y desnuda roca. Sus características virtudes son no quejarse nunca, aunque todo se le torne contrario, y .no desmayar jamás, esperando siempre en la Providencia.

Tiene el Salesiano algo de la energía, de la actividad, de la extensión y alteza de miras y de la incontrastable firmeza del Jesuita; tiene algo de lá popularidad del Capuchino; tiene algo del recogimiento y de los hábitos de trabajo del monje; tiene algo, eu fin, de todos los Institutos religiosos conocidos, siendo no obstante un. tipo nuevo.

¿Nos atreveremos á decir que D. Bosco ha obrado por propia inspiración, sin que Dios haya tenido parte en sus pensamientos y en sus hechos?

No queremos omitir otro nuevo argumento que se nos. ocurre en confirmación de nuestra

té debate.

Un notable apolo gista, de la Religión en estos últimos tiempos, Augusto Nicolás, para demostrar la divinidad del Cristianismo ha aducido como prueba incontestable su poder de formar santos; y adelantándose á la objeción que se le pudiera hacer, fundada en el crecido numero de indiferentes y aun malvados que hay en todas partes, ha dicho con razón sobrada, que la fuerza de su probanza no estriba en el más ó el menos: con un solo santo que el Cristianismo haya engendrado ó producido, afirmaba el autor de los *Estudios filosoficos*, basta: él se alzar á con voz potente, protestando y repitiendo una vez y otra: El Cristianismo es divino; posee la virtud y la vida del mismo Dios.

Una observación semejante se nos viene á la mente á propósito de la Obra de D. Bosco. Séanos permitido, para justificar su oportunidad, recordar un hecho; ó digámoslo mejor, un nombre.

Contábase entre los discípulos de D. Bosco por los años de 1854 á 1857 un mancebo de raras prendas. Un candor conio de ángel y una dulzura sin igual ganábanle el corazón de cuantos le trataban, sin exceptuar á sus mismos compañeros, que jamás sintieron respecto á él la malévola envidia que tanto daño suele causar entre los jóvenes; y aquellas prendas nobilísimas hallábanse realzadas en Domingo Savio, tal era el nombre del virtuoso adolescente, por una acendrada caridad, que Dios recompensaba largamente con gracias muy señaladas, y los hombres no podían menos de admirar y bendecir.

Mil sucesos maravillosos demostraban cada día cuán grata era al Señor aquella sencilla é inocente alma.

Una vez Domingo entró precipitadamente en el cuarto de D. Bosco, y le obligó á salir. Llévóle por calles y plazas, y habiendo llegado á cierto sitio, hízole subir alta escalera, introdújole en la habitación del tercer piso, y se marchó, dejándole allí. Una mujer, en cuyo demacrado rostro se pintaba desoladora angustia, apareció entonces, y diciendo á D. Bosco: „Daos prisa, de otra suerte será tarde,,: lo condujo junto -al lecho de un moribundo. Era éste el marido de la desventurada interlocutora de D. Bosco, hombre infeliz, que había, no sabemos por qué motivos, apostatado de la te, haciéndose protestante. El enfermo se confesó, y á los pocos momentos era cadáver. Ahora bien, ¿cómo supo Domingo el peligro de aquella pobre alma? D. Bosco jamás pudo averiguarlo: cuando interrogó sobre este punto á su amado discípulo, no obtuvo otra respuesta que lágrimas.

Otra vez el joven Domingo faltó en el refectorio á la hora de almorzar; no asistió á la escuela, ni concurrió tampoco á la comida: por todas partes se le buscó y no se le encontró en ninguna, lo que causó ya cierta alarma entre sus compañeros. Informado D. Bosco de lo que pasaba, dirigióse en busca de Domingo á la iglesia, sospechando que allí estaría el santo mancebo. No se engañó. Hallábase en el coro, inmóvil, á manera de una estatua: tenía un pie sobre el otro, y una mano sobre el facistol y la otra en el pecho: un tinte indefinible coloraba su rostro, que volvía hacia el tabernáculo, y su actitud de extática adoración habría hecho tomarle por uno de los espíritus celestiales que rodean incesantemente al Dios de la hostia. D. Bosco lo llama... lo mueve... y entonces Domingo, como si despertara de profundo sueño, mira á su querido Maestro, y con aire de sorpresa le pregunta: «¿Se ha acabado ya la Misa?» D. Bosco se contentó con mostrarle el reloj, que señalaba las dos de la tarde, y el mancebo confuso se puso en movimiento con dirección á la escuela; pero el prudentísimo preceptor le envió al refectorio, no sin advertirle antes: “Si alguno te pregunta de donde vienes, respóndele que de cumplir un mandato mío.»

En otra ocasión contaba con santa simplicidad á D. Bosco este suceso. «Estaba dando gracias á Dios después de la Comunión, cuando me vino una distracción extraña : parecíame ver dilatada llanura poblada de numerosa gente, aunque toda envuelta en

densa niebla: gente que no permanecía quieta, sino antes se movía, mas á manera de caminante extraviado, que no sabe dónde poner el pie. Yo no acertaba á explicarme aquel espectáculo, pero un personaje que observé á mi lado me dijo: Este país es Inglaterra. Iba á hacer preguntas al desconocido, cuando distingo al Soberano Pontífice Pío IX, tal como se le pinta en algunos retratos, vestido magníficamente, y llevando en la mano una tea encendida, cuyos resplandores disipaban la niebla, llenando la comarca de brillante claridad. Esta tea, me dijo entonces el desconocido, concluyó Domingo, es la religión católica que debe iluminar á los ingleses.»

Lo que después acaeció lo sabemos todos. La historia de Inglaterra en estos últimos tiempos, y sobre todo la jerarquía católica, establecida por Pío IX en aquella tierra, que vuelve á ser país de santos, demuestran que el niño no soñaba.

Aquella purísima criatura no era para este mundo, y Dios se dió prisa en sacarle de él. Consumido Domingo por una fiebre lenta, dejó el lugar del destierro para subir á la patria el 9 de marzo de 1857 á la edad de 15 años, después de haber permanecido tres en el Oratorio de san Francisco de Sales.

El nombre de este hijo de D. Bosco hace por sí solo el elogio de la Obra Salesiana, y pone de manifiesto su verdadera índole, probando hasta la evidencia que es una Obra sobrehumana: no ha sido el poder de Satanás que forma réprobos, no santos, sino el de Dios el que la ha inspirado y el que la sostiene.

Hay una circunstancia notable en los dos primeros jóvenes acogidos por D. Bosco, sobre la cual no podemos menos de llamar la atención del lector. El que estrenó el Asilo, abierto por la caridad de aquel, santo varón, no tardó en dejar la tierra é irse al cielo. El que entró inmediatamente después logró, merced á la educación allí recibida, conquistar en el mundo una posición digna y de muchos envidiada.

No es insignificante esta coincidencia al parecer casual, pues en ella tenemos la fiel y exacta expresión de los grandes resultados de la Obra de D. Bosco, que se resumen en estas dos palabras: santificación del alma y bienestar material; ventura en el tiempo y dicha eterna.

Tierra y cielo: todo es para los hijos de Dios, y tierra y cielo busca D. Bosco y da á los suyos.

III

¡La Providencia! Hé aquí una palabra que á menudo se pronuncia por los creyentes, pero cuyo inmenso valor no se conoce sino en esas horas de ruda prueba, que de tiempo en tiempo vienen sobre todo hombre que mora en la tierra.

Cuando penosa enfermedad aniquila, más bien que enflaquece, nuestras fuerzas físicas; cuando el dolor en sus múltiples y variadas formas introduce su afilado dardo en nuestro pecho; cuando la tribulación, en una palabra, líos visita y nos hallamos sumidos en desolación horrible, compréndese bien lo que vale poder decir, porque se cree en la Providencia: Hay un Dios, á cuya acción soberana nada se escapa, y á cuya voluntad todo obedece; la borrasca con sus horrores y la bonanza con su dulce placidez; el huracán y la brisa; las ondas del Oceano y las aguas del arroyo; el sol que corre los cielos y la menuda hebra de yerba que huella el pasajero; la salud y la enfermedad., la vida y la muerte; Dios infinitamente bueno, cuyos pensamientos no se asemejan á nuestros pensamientos, siendo el sello propio de sus designios la misericordia y el amor.

En presencia de esta consoladora idea el oleaje de la desesperación, que quizá había comenzado á agitar nuestro pecho, se calma; el trueno que rugía á lo lejos, enmudece; la blasfemia, que asomaba á nuestros labios, espira en ellos, y en su lugar aparecen en

nuestro rostro la paz de la resignación y la melancólica pero dulce sonrisa del amor que se inmola.

Hay tribulaciones que afectan al cristiano más dolorosamente aun que las propias, y son las de la Iglesia, las cuales si crecen y se agravan hasta el punto donde hoy han llegado, ponen al creyente en indefinible tortura. Quisiera entonces el hombre de fe, cuando á la fe junta un poco de amor, poseer el- espíritu de Elías para confundir á los enemigos de la Religión, ó más bien la virtud de los Apóstoles para derribar los ídolos, ante los cuales se postra el mundo moderno; pasear triunfante la cruz de Cristo por toda la redondez de la tierra, y colocarla luego sobre la cima más alta, obligando á emperadores y reyes, príncipes y vasallos, sabios é ignorantes á adorarla. Derramar toda la sangre por la causa de la Iglesia, dar la vida por ella aun entre tormentos, como los mártires, parece poca cosa todavía en esos momentos de angustia.

Un solo pensamiento anima en tan aflictiva situación... la certidumbre que tenemos de que Dios ama con inefable amor á la perseguida Iglesia, y de que con solicitud indecible por ella vela, certidumbre que excluye toda duda, porque la palabra divina, que nunca miente, nos da testimonio de la realidad de aquel amor; y la historia la confirma con los sucesos que en sus páginas registra.

Leedla, y veréis... Cada vez que una necesidad nueva se ha hecho sentir en la sociedad cristiana. la Providencia ha inspirado, sugerido ó proporcionado por sí misma los medios de satisfacerla. Un día apareció un hombre, á quien todos saludaban como providencial; así Atanasio en frente de Arrio, Cirilo en frente de Nestorio, Agustín en frente de Pelagio: otro día surgió una institución no conocida; así el monacato en sus mil formas, las Órdenes mendicantes, los clérigos regulares con sus distintos matices, etc., etc.; otro día una idea cundió rápida por todas partes, y se abrió paso, penetrando en las inteligencias y en los corazones de que se hizo dueña; tal acaeció con el atrevido designio de las Cruzadas.

Y ciertamente uno de los datos, que podemos aducir en comprobación de que Dios no se olvida del mundo, es D. Bosco y -su Obra.

No es posible desconocer que el infierno libra en estos momentos la última batalla contra el Catolicismo. Mucho tiempo hace que meditaba el ataque y lo preparaba en secreto con astucia verdaderamente diabólica; que no otra cosa significaban sus embestidas, ora contra un dogma, ora contra una institución, ora contra prerrogativas é inmunidades determinadas de la Iglesia, ora contra la propiedad eclesiástica... Así derribaba sucesivamente los baluartes, los muros de defensa, las torres y los primeros edificios y más fuertes de la ciudad de Dios, en tanto que llegaba la hora de asaltarla por todas partes, intentando una acometida general. Esa hora ha sonado ya, y hoy un ejército de malignos espíritus, acaudillado por el príncipe de las tinieblas en persona, asesta certeros golpes contra el Catolicismo todo entero, dirigiéndole principalmente los dardos al corazón.

No es necesario insistir sobre verdad tan palmaria, y que se halla en la conciencia de todos; la cuestión que hoy se debate en el mundo no es si el. Catolicismo ha de vivir más ó menos pujante, si ha de ejercer una influencia más ó menos directa en la marcha de la sociedad humana, ni si los príncipes han (le inclinar ante él la cabeza, ó por el. contrario, el Catolicismo ha de soportar el yugo de soberanos que pretenden, bajo pretextos más ó menos razonables, dominarlo todo, así lo temporal como lo espiritual: lo que ahora se discute es si la Iglesia católica ha de vivir ó ha de morir, y lo que se desea y se procura es que muera cuanto antes, y que su cadáver sea sepultado y cubierto con pesada losa, y ésta sellada, para que el cadáver no se levante é inquiete de nuevo á los vivientes.

Los trabajos del infierno, menester es que lo reconozcamos, van muy adelantados. Al ambiente de piedad, que en otro tiempo se respiraba en todas partes, ha reemplazado un

aire denso, malsano y emponzoñado con los miasmas deletéreos que suben del abismo. El hogar no es ya asilo de paz, á cuya sombra crece el niño, aprendiendo á conocer y servir á Dios, y reposa el anciano, envuelto en una atmósfera de purísimos afectos, que dulcifican las postreras horas de su existencia terrestre: no es el Edén, en que nacen las bellas flores de esos amores de familia, verdadero encanto de la vida; sino teatro de discordias y de desazones y disgustos sin término. En las escuelas, ó se ha suprimido en absoluto la enseñanza religiosa, ó se la ha relegado á lugar secundario, dándose motivo de esta suerte á que los alumnos miren lo santo y lo sagrado con un cierto desdén, que no tarda en convertirse en menosprecio y quizá en odio.

Un paso más, y todo se habrá perdido. Hombres sin Dios encontraremos por donde quiera que vayamos, y los hombres sin Dios son hombres sin freno, en los que la razón no gobierna, sino las pasiones; máquinas, ciegos instrumentos, puestos a] servicio de desatentadas concupiscencias: son, digámoslo con la frase propia, los precursores de la barbarie, ó mejor, y para expresarnos con más exactitud, sus obreros.

¿Llegaremos á estas extremidades? Lo ignoramos: ¿ quién puede penetrar los misterios de lo porvenir? ¿ quién calculará el peso de nuestros delitos, para creer seguramente que no obligarán á Dios á enviarnos castigo tan tremendo?

Lo que sabemos es que la Providencia no nos abandona, sino antes multiplica sus socorros á proporción de nuestras necesidades, y que hoy, cuando la impiedad avanza á modo de torrente devastador, suscita hombres como D. Bosco, que delante del enemigo invasor se colocan, y le dicen con voz de trueno fuerte y poderosa: “Detente.,, Lo que afirmamos. sin vacilación alguna, porque se trata de un hecho tangible, es que si Satanás ha abierto las esclusas del abismo, y ha subido de aquellos antros un humo negro que oscurece la claridad del sol, Dios ha soltado los diques de su piedad, y nos ha enviado santos que nos edifiquen, y entre ellos á D. Bosco, el cual parece tener á su disposición los vientos que ahuyentan las borrascas y traen la serenidad.

Esta es la explicación natural y sencilla que tiene la aparición de D. Bosco en nuestros tiempos. Dios en su misericordia nos lo ha dado para que con su potente brazo haga retroceder la avalancha de la iniquidad, y esparza por todas partes la semilla del bien.

A esto, en efecto, consagra totalmente sus fuerzas. Por eso le vemos buscar ante todo y sobre todo las almas. No olvida, es cierto, los intereses materiales de las clases, que ahora apellidan desheredadas, y que son privilegiado objeto de sus desvelos; sino antes se cuida muy mucho de la suerte de dichas clases, procurándoles sólida instrucción y medios de proporcionarse á lo porvenir un verdadero bienestar. Las escuelas, los talleres, los establecimientos ó colonias agrícolas son de ello irrefragable prueba; mas siempre es lo primero, la base de todo, para D. Bosco, el espíritu; poniendo su conato principalmente en formar generaciones católicas, que se den á la Iglesia en cuerpo y alma, entregándole la cabeza y el corazón, para lo cual la caridad le sugirió desde el comienzo de su santa tarea medios eficaces.

Ved su manera de conducirse en la primera época todavía de su apostolado. Predica continuamente á los niños, esforzándose en acomodar á su capacidad el lenguaje que usa, y sazonzando sus instrucciones con historias bellísimas y graciosos cuentecillos, que enseñan y deleitan juntamente. Amaestra en el cantó á sus alumnos, y los himnos que les hace aprender, á la vez que perfeccionan en ellos el gusto, les atraen y les inspiran amor á la piedad. Aprovecha, en fin, todas las ocasiones que se le presentan de llevarlos á Dios; mil veces se le ve en la hora de recreación mezclarse con sus jovencuelos y dirigirles palabras al parecer impensadas, pero en realidad encaminadas á despertarlos. “¿Cuándo vendrás á confesarte? dice á aquél; mira que te espero el sábado.—Te he oído, advierte

cariñosamente á otro, proferir una frase mal sonante; no la repitas, hijo mío;" y á este modo á cada uno da avisos prudentísimos, con motivo de los cuales harto á menudo se revela á su pesar la luz superior que el cielo le comunica.

D. Bosco, dotado en grado eminente de lo que se llama sentido espiritual, y perfecto conocedor del plan de Cristo, en lo que tiene de comprensible para nosotros, ha sabido cooperar á los designios del Maestro celestial. Por eso la santa Comunión representa en su Obra muy principal papel, siendo ella el medio de que el ilustre Sacerdote se vale para retraer del vicio á la juventud y enamorarla de Cristo y de su ley divina.

¡ La Comunión ! ¡La Eucaristía! No hay en el Catolicismo misterio al que más se resista nuestra orgullosa razón, empeñada en conocerlo todo y entenderlo; pero no hay tampoco otro que, una vez creído, influya tan poderosamente en el corazón humano, purificándolo, ennobleciéndolo, santificándolo, y hasta colmándolo de gozo y de felicidad inefable. Si en ese Sacramento augusto ha hecho Jesucristo ostentación de su caridad, dándonos todo cuanto posee, y en manera delicadísimamente tierna, ha mostrado asimismo su sabiduría divina, oponiendo al festín del mundo, que seduce á los hombres con sus encantos, el banquete del altar, verdadero banquete de bodas, donde todo es luz, fragancia, alegría y felicidad, porque todo es amor.

Con la Eucaristía ha hecho el Catolicismo las maravillas que llenan su historia. Las doncellas paganas, los patricios y los senadores de Roma, los idólatras de la gloria, del placer y de las riquezas, en todas partes dejaron alegres cuanto tenían, encontrando gozo hasta en el morir, porque la Iglesia les daba á comer el manjar de los Angeles en el Santísimo Sacramento, y embriagados de amor, de nada terreno se acordaban, sino antes bien, cuanto atrae las miradas de los mundanos, les parecía asqueroso, repugnante y hasta digno de abominación.

D. Bosco, inspirándose en estos pensamientos, se esforzó siempre en llevar la mente y el corazón de sus jóvenes alumnos al Sagrario, y de un modo práctico se tocó que el imán secreto del Dios del tabernáculo les cautivaba de tal suerte, que el pecado perdía para ellos su seducción y el mundo sus delicias.

De este modo D. Bosco cumple hoy algo de lo que significaba aquella visión que tuvo Inocencio III la noche memorable que siguió á su primera entrevista con Francisco de Asís. En medio de las convulsiones de nuestra época, que hacen bambolear el edificio inmortal de la Iglesia cristiana, y que acabarían por hundirlo si la Iglesia no tuviese en su favor una promesa divina de indefectibilidad, el fundador de los Salesianos con sus hijos y sus obras contribuye á sostener el Santuario.

No es posible, pues, ya conservar duda alguna sobre el punto que examinamos. León XIII hablaba con profunda sabiduría y admirable tino cuando decía que Dios estaba con D. Bosco. En efecto, la Obra Salesiana es una obra extraordinaria, merecedora de que se le llame sobrehumana .á boca llena. Sus frutos no son los que las obras de Satanás producen, á las cuales acompañan como cortejo la soberbia, la ambición, el pecado, el vicio, y siguen á manera de escolta la ruina, la perdición y la muerte: son al contrario los frutos de las obras de Dios, que siembran en las almas la paz, en las familias el bienestar, en la sociedad el orden, y que establecen y consolidan en todas partes el imperio de la santidad. Ha venido, por fin, la Obra Salesiana á satisfacer necesidades apremiantes de nuestra época desde el punto de vista religioso y desde el punto de vista social.

Podemos, pues, en conclusión decir:

EL DEDO DE DIOS ESTÁ AQUÍ.

